

Representaciones sociales de la violencia directa de jóvenes descendientes y no descendientes de excombatientes de la guerrilla salvadoreña¹

René González, Silvia Rodríguez y Xochilt Urrutia

Palabras clave:

representaciones sociales, violencia directa, memoria histórica, conflicto armado, jóvenes.

Resumen

Históricamente, el tejido social de El Salvador se ha visto fragmentado por la violencia y ha afectado no solo la cultura de paz de sus habitantes, sino también sus formas de conceptualizar y enfrentarse a dicho problema. En el pasado, el país vivenció el conflicto armado, un evento caracterizado por violencia estructural, cultural y directa muy marcadas, que dejaron muchas pérdidas materiales y humanas, así como heridas que afectaron gravemente la psiquis de los salvadoreños (por ejemplo, el trauma psicossocial). Sin embargo, la sociedad salvadoreña aún se encuentra sumergida en una espiral de violencia, la cual se refleja cotidianamente en la actualidad. Al respecto, Galtung propone que la violencia funciona bajo una ley de conservación en la que esta siempre encuentra las maneras de seguir transformándose a través del tiempo. El siguiente estudio indagó sobre las representaciones sociales que se generan sobre la violencia en los jóvenes. En ese sentido, surge la incógnita: ¿qué elementos configuran las representaciones sociales de la violencia directa de los jóvenes? El estudio se realizó bajo un enfoque cualitativo, empleando un diseño fenomenológico, con el objetivo de explicar cómo se diferencian las representaciones sociales de la violencia directa en jóvenes descendientes y no descendientes de excombatientes de la guerrilla salvadoreña. Se utilizó la técnica de entrevista a profundidad. Los resultados evidencian que existen semejanzas y diferencias en el contenido de las representaciones sociales de la violencia en ambas poblaciones.

¹ Esta tesis recibió el Premio a la Investigación Ignacio Martín-Baró a la mejor tesis de la Licenciatura en Psicología de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA) en 2018.

Entre las similitudes se resaltan: la definición de violencia y las características de personas violentas, entre otros. Sin embargo, en las discrepancias se observa la influencia del contexto. La diferencia más relevante es la visión territorial sobre la violencia y las propuestas preventivas; además se habla de los responsables de la violencia y aparecen dos explicaciones al respecto: por un lado, el Estado y el pueblo salvadoreño; por otro lado, los encargados de la crianza y la educación primaria. Asimismo, existe una representación de violencia interactiva pasado/presente influida por la memoria histórica y una representación enfocada en la violencia actual. Además, surge la diferenciación entre dos tipos de memoria que están en constante interacción: la memoria académica y la memoria emocional o íntima.

Introducción

El Salvador es un país que se ha constituido y sostenido en una cultura de violencia, la cual se encuentra arraigada en su devenir histórico como medio para lograr un fin. La manifestación más clara y contundente de esto fue el conflicto armado de los años ochenta, donde se vivió un enfrentamiento entre ideologías políticas. En la actualidad, la violencia es observable en los crímenes que se presentan todos los días en el contexto salvadoreño. Estar tan expuesto a estos sucesos permite que la población se acostumbre a la violencia y que la sociedad ya no reaccione ante su presencia.

La violencia actual es una situación de lucha basada en necesidades particulares, ya sean personales u organizacionales, pero que utiliza mecanismos similares a los empleados durante el conflicto armado, por lo que comprometen la paz y la estabilidad de la sociedad (Fernández, 2009). Este constante ciclo de violencia a lo largo del tiempo, en el que parece estar sumido El Salvador, vuelve relevante analizar y comprender el contexto actual, sin dejar a un lado la importancia del conflicto armado en el presente. De esta

manera, se puede brindar una noción de cómo la violencia es comprendida y socializada en la actualidad, sobre todo desde la perspectiva de uno de los grupos históricamente más afectados: los jóvenes.

Un pasado violento: el conflicto armado salvadoreño

A finales del siglo XX, entre los años 1980 y 1992, El Salvador vivió uno de los acontecimientos que más ha marcado a su población: el conflicto armado entre la Fuerza Armada (la derecha política) y la guerrilla del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) (la izquierda política). Este conflicto se caracterizó por la presencia nacional de diversas manifestaciones de violencia como resultado de: a) una gran acumulación de injusticia social y de personas buscando tener una vida digna; y b) una creencia ideológica marcada que legitimó el uso de armas (Henríquez y de De Pilla, 1994).

Desde una perspectiva psicosocial, Martín-Baró (1985) afirma que la base del enfrentamiento bélico se ubicaba en el ordenamiento social que buscaba mantener los intereses y beneficios de la clase alta (oligarquía), a partir del ejercicio de un tipo de violencia, entendida como estructural. Dicha violencia se tradujo en explotación de los trabajadores, continua represión frente a esfuerzos organizativos, bloqueo de la satisfacción de necesidades básicas y el desarrollo humano, entre otros.

Este contexto contribuyó a que, durante el conflicto armado, algunos de los protagonistas que conformaron ambos bandos enfrentados fueran jóvenes, en respuesta a la marginación social que experimentaban. Este contexto de marginación juvenil ha sido característico de El Salvador, pues históricamente se les ha excluido de la estructura sociolaboral del país, lo que ha generado inconformismo y les ha permitido justificar y alentar su participación en los movimientos sociopolíticos (González, 1997).

Durante el desarrollo del conflicto armado, Martín-Baró (2000c) propone que se vivieron dos tipos de guerra. En primer lugar, destaca la “guerra sucia”, definida como el uso de armas por parte de la Fuerza Armada hacia aquellos que se oponían al régimen establecido. En segundo lugar, ante la necesidad de adoptar nuevas formas de controlar a la población, se desarrolló la denominada “guerra psicológica”, caracterizada por la represión manipuladora hacia la población a través de la evocación de sentimientos de inseguridad (dosis de miedo), pero también acompañadas de promesas de apoyo nunca cumplidas (falsas esperanzas). El objetivo final era socavar la psiquis del pueblo y evitar el apoyo a los sectores insurgentes. Al respecto, Lira (2000) señala que a través del terror se logra el sometimiento y la pasividad por parte de diversos sectores sociales, lo que hace posible que las personas soporten el desempleo, la sobreexplotación y la falta de satisfacción de necesidades básicas.

El conflicto armado afectó a todas las zonas del país, con consecuencias a nivel político, psicosocial y económico. Se estima que más de 75,000 personas murieron y al menos 500,000 fueron desplazadas. No obstante, existió una notable diferencia de daños entre la zona rural y la zona urbana, debido, principalmente, a que el Gobierno optó por ejercer prácticas represivas contra el campesinado, por considerar que este apoyaba a la guerrilla (Krämer, 2009).

Krämer (2009) menciona que, en pro de mantener el ordenamiento social, el ejército se dedicó a recuperar el control de las zonas rurales que apoyaban a la guerrilla, a partir de la implementación de dos tipos de operativos: a) “tierra arrasada”, los cuales eran ataques aéreos y terrestres en comunidades rurales, y b) la mencionada “guerra psicológica”. Como resultado de esto se generó un daño psíquico, manifestado, principalmente, por sentimientos de inseguridad, aislamiento, ansiedad, angustia, terror e incluso deseos de huida.

Por ello, frente a todos estos acontecimientos, se estima que ha sido la zona rural y sus comunidades, específicamente, las que experimentaron en mayor medida las atrocidades de la guerra, y que hoy en día estas experiencias les han configurado como una zona marcada profundamente por el recuerdo de un pasado conflictivo. Autores como Ospina (2010), Silber (2014) y Chacón Serrano (2017) ponen en evidencia esta dinámica; además, han identificado el vínculo significativo entre memoria-territorio en comunidades de Chalatenango, así como Voigtländer (2016), en una comunidad de Morazán.

Al finalizar el conflicto armado, el tejido psicosocial quedó alterado, las relaciones sociales de la población y el Estado terminaron dañadas. Martín-Baró (2000b) denomina a este fenómeno como “trauma psicosocial”, una herida producida socialmente, cuya naturaleza está en la interacción entre la persona y la sociedad. De igual manera, Faundez y Cornejo (2010) reconocen que el origen del trauma, y sus consecuencias, se encuentran al interior de los contextos socializadores en los cuales se desenvuelven los individuos (familia y comunidad) y no directamente en la víctima de la experiencia traumática. De este modo, puede asumirse que las generaciones posteriores al conflicto armado pueden ser acreedoras de la transmisión de dicho trauma, por medio del lenguaje y la socialización con el grupo familiar, condicionando las formas en las que esta nueva generación asume su pasado e interpreta su presente.

Una guerra sin guerra: la violencia en el posconflicto y la actualidad salvadoreña

Luego de la finalización del conflicto armado, se desarrolló una exitosa transición política, así como la generación de nuevas condiciones que dieron la pauta para la construcción de un Estado democrático y posibles vías de desarrollo para el país. Sin embargo,

dichos cambios no se tradujeron en el fin de la violencia, al contrario: “[L]a violencia político-militar dio paso a otras manifestaciones de violencia, en este caso han estado más vinculadas a la delincuencia y la criminalidad” (Ramos, 2011, p. 27).

Lo anterior se evidencia en que los Acuerdos de Paz se centraron en el área militar, dejando de lado la resolución de algunas de las causas del conflicto armado, entre ellas: las injusticias estructurales y la distinción de clases sociales (Ministerio de Educación [MINED], 2009). Orellana (2005) afirma que, durante la firma de los Acuerdos de Paz, no fue abordada la verdadera forma de finalizar la guerra: la instauración de la auténtica reparación social. Gaborit (2005) se refiere a esto aclarando que, por medio del discurso oficial, se le pidió al salvadoreño que reconstruyera su vida sobre un olvido forzado.

A esto también se agrega el que surgiera una amnistía generalizada sobre los perpetradores de crímenes de lesa humanidad durante el conflicto. Esto fue un insulto para las víctimas, ya que impidió el acceso a la justicia, dejando una herida abierta en los afectados y en la sociedad salvadoreña (Instituto de Derechos Humanos de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” [IDHUCA], 2009). Por ello, el IDHUCA (2009) afirma que dicha amnistía y dicha manipulación de información colocaron desde aquel momento al pueblo salvadoreño

en una disyuntiva peligrosa: de un lado, el manto de la ignorancia cubre todo e impide su prevención; de otro, los genocidas siempre estarán con la tentación de actuaciones similares; en consecuencia, se introyecta el germen de la impunidad como legado a las generaciones, se engendra la violencia (p. 5).

Esto permite inferir que la violencia no cesó con los Acuerdos de Paz, sino que únicamente se transformó. En esta sintonía, desde la perspectiva del contexto social actual, el Programa de las Naciones Unidas

para el Desarrollo (PNUD) (2015) afirma que El Salvador se ha convertido en uno de los países más violentos en el mundo, y son los jóvenes quienes, mayoritariamente, se ven afectados por las diferentes formas de violencia.

Según el Fondo para el Logro de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (F-ODM) (2011), los jóvenes continúan siendo víctimas de una violencia estructural de trasfondo que los coloca en oportunidades desiguales con respecto de otros, tal como ha sucedido a lo largo de la historia salvadoreña. Por eso dicha situación contribuye a que ellos opten por la violencia delictiva como medio para subsistir y superar las necesidades que no les son satisfechas.

De manera similar, Fernández (2009) estima que la violencia que se desarrolla en la actualidad en América Latina no se trata de una violencia delincencial ligada a fines ideológicos, sino de una que persigue beneficios particulares. Por ello, propone que esta obedece a factores estructurales que posibilitan su aparición y desarrollo, entre los que destaca: a) la pobreza y la desigualdad; b) los espacios ingobernados y la incapacidad para hacer cumplir la ley; c) la disponibilidad de armas de fuego, y d) la falta de acceso a oportunidades escolares y laborales.

De igual manera, como sucedió durante el conflicto, los jóvenes continúan siendo una población marginada que usa la violencia como medio para vulnerar el orden social a través de grupos estructurados llamados “pandillas” o “maras”; esto con la finalidad de sobrevivir en una sociedad que no les brinda oportunidades de mejorar su calidad de vida (González, 1997). El auge de la violencia cometido por las pandillas o maras llevó a que en el 2015 El Salvador fuese considerado el país más violento del continente americano, pues alcanzó un total de 108 homicidios por cada 100,000 habitantes (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos [OCDE], 2017).

A pesar de que no toda la juventud es sinónimo de violencia, no puede negarse que, históricamente, esta generación siempre ha estado presente en situaciones de riesgo o de vulnerabilidad en las que se convierten en víctimas, o bien han sido victimarios (F-ODM, 2011). Desde la perspectiva de víctimas, según estadísticas presentadas por la Policía Nacional Civil (PNC), durante el 2015, aproximadamente el 43 % de las víctimas de asesinato fueron personas entre los 18 y los 30 años. Por otro lado, desde la perspectiva de victimario, el Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP) (1997) muestra que, durante ese año, el 72 % de los miembros de pandillas tenía entre 16 y 21 años; es decir, a pocos años de terminado el conflicto armado, fueron los jóvenes los mayormente vinculados con la delincuencia y la violencia del país. De acuerdo con la OCDE (2017), entre los años 2012 y 2014, un aproximado de 13,713 menores de 18 años fueron detenidos por la PNC. De esta manera, parece ser que en el contexto social actual existe una guerra social no proclamada reflejada en las prácticas diarias de violencia que se dan en diferentes sectores, en la cual se ven involucrados de manera significativa los jóvenes.

El triángulo de la violencia de Galtung: aplicaciones a la realidad salvadoreña

Teniendo en cuenta el contexto violento de El Salvador, resulta conveniente que, para comprender la existencia histórica del fenómeno, se retome el aporte teórico propuesto por Galtung (2004), quien sostiene que la violencia interactúa bajo un triángulo que contiene tres tipos de esta misma: a) la violencia directa, entendiéndose como el daño físico o verbal a otros; b) la violencia cultural, la cual da cuenta de la legitimación de la violencia directa bajo el criterio de heroico-patriótico, y c) la violencia estructural, esto es, la insatisfacción de las necesidades básicas a nivel macrosocial mediante la represión. Desde esta perspectiva, es muy probable que estos tres tipos de violencia siempre hayan

estado presentes en el marco de la historia salvadoreña.

Tojeira (2017) propone que, precisamente, la conceptualización y el análisis de la violencia actual salvadoreña podría partir desde la teoría del triángulo de la violencia de Galtung, ya que posibilita una explicación sobre el cómo y el porqué de la misma. Por otro lado, la propuesta del autor permite intuir que esta teoría también se acopla a la realidad histórica sobre violencia que ha vivido el pueblo salvadoreño, específicamente, por los 12 años de conflicto armado y la relación que esto presenta con el desarrollo de la violencia en la actualidad.

Haciendo memoria sobre el conflicto armado, se reconoce que la base del enfrentamiento bélico se enraizó en cómo la oligarquía construyó, y pretendía sostener, un ordenamiento social que les beneficiaba, dejando de lado las necesidades de las mayorías populares (Martín-Baró, 1985). Tales injusticias y desigualdades sociales se entienden desde la denominada violencia estructural. Esto genera una organización económico-política que impone condiciones de sufrimiento que provocan pobreza, así como condiciones de trabajo abusivas y precarias que producen estilos de vida oprimidos (Bourgeois, 2005).

A causa de dicha violencia estructural, en el contexto salvadoreño, surge un descontento popular que promueve anhelos de cambio social; el anhelo se volvió una legitimación de la conducta violenta, lo que Galtung (citado en Martínez, 2010) define como violencia cultural. Es preciso mencionar que estos dos tipos de violencia tienden a invisibilizarse y solo la violencia directa es considerada como tal (Galtung, 2004).

Igualmente, durante el conflicto armado, la población salvadoreña fue víctima y victimaria de atrocidades que implicaron asesinatos, secuestros, masacres, torturas, entre otros. Toda una serie de eventos que encajan en lo que Galtung estima como violencia

directa; es decir, aquella que se rige en el daño directo hacia una o varias personas (citado en Martínez, 2010).

Por toda esta dinámica, el recordatorio histórico de estas tres formas de violencia puede contribuir a que se comprenda el devenir de la violencia que acontece en la actualidad. Tal como lo plantea Bourdieu (citado en Bourgois, 2005), existe una especie de ley de conservación de la violencia en la cual se estima que toda la violencia estructural que se desarrolla a nivel macrosocial, tarde o temprano, se transforma en otro tipo, que se manifiesta en pequeñas y grandes acciones cotidianas, como los crímenes y la delincuencia, en este caso, la violencia directa. De esta manera, puede inferirse que el conflicto armado tuvo bases de violencia estructural y cultural que en la actualidad siguen manifestándose, aunque de manera imperceptible, y que dan lugar al ejercicio de la violencia directa actual.

En la realidad, puede estimarse que la población es más consciente de la presencia de la violencia directa con respecto a los otros dos tipos, debido a que esta puede observarse con mayor claridad y cotidianidad en acciones tangibles, algunas de ellas cometidas por jóvenes. Entre estos actos de violencia se puede mencionar que durante el 2015, entre enero y agosto, se contabilizaron 4,242 homicidios, 4,277 hurtos, 202 denuncias de violaciones, entre otros (PNC, 2015). Es la violencia criminal o directa, entendida como la ejecución de homicidios dolosos, secuestros, enfrentamientos entre pandillas, extorsiones, robos (Argueta y Huhn, 2014), la que está condicionada por una violencia estructural, cuyo auge se manifestó con mayor intensidad en el conflicto armado, y por una violencia cultural que se ha sostenido a lo largo del tiempo, afectando sobremanera a los jóvenes en diferentes momentos históricos. Como lo explica Ziyadov (2006), si no se cumplen las necesidades básicas (violencia estructural) y se presenta un contexto legitimador que se transmite por medio del discurso (violencia

cultural), se producirá una respuesta agresiva (violencia directa) que prevalecerá en la cotidianidad.

La violencia después de la guerra: representaciones sociales de la violencia directa

El ser humano comprende los fenómenos sociales que le rodean a través de interpretaciones que se basan en sus conocimientos sobre la realidad. El fenómeno de la violencia no está exento de ello, ya que las personas le otorgan una definición, causas, consecuencias y demás elementos que le permiten comprenderla. Sin embargo, esta no es un fenómeno estático; por el contrario, se reactualiza, con lo que inevitablemente su definición y comprensión se transforma en cuanto cambia el contexto en el que se vive. Uribe Patiño (2015) propone que una forma de comprender el fenómeno de la violencia es partiendo de la teoría de las representaciones sociales, ya que esta es una de las vías que permite entender cómo el sujeto se apropia de la realidad en la medida en que la reconstruye.

Las representaciones sociales se vuelven un elemento fundamental para asumir la violencia, pues estas “designan una forma de conocimiento específico, el saber del sentido común, cuyos contenidos manifiestan la operación de procesos generativos y funcionales socialmente caracterizados, es decir, una forma de pensamiento social” (Jodelet, 1984, p. 474). Las representaciones influyen tanto en las prácticas sociales como en las relaciones entre grupos e individuos por medio de la socialización. Esto conlleva a reconocer que estas poseen un esquema configurador complejo que cumple una serie de funciones dentro de la sociedad.

Al respecto, Abric (2001) brinda una explicación amplia sobre las funciones que poseen: a) *la función de conocimiento*: permite adquirir conocimientos e integrarlos en un marco de referencia común, para facilitar la

comunicación con los demás y comprender la realidad; b) *la función identitaria*: permite situar a los individuos y a los grupos en el campo social, elabora una identidad y permite generar una comparación social de grupos; c) *la función de orientación*: es una guía para el comportamiento, produce un sistema de anticipaciones y expectativas, y define lo lícito, tolerable o inaceptable en un contexto social, y d) *la función justificativa*: permite explicar y justificar las conductas en una situación en consideración con otros individuos.

Paralelamente, las representaciones sociales son un proceso dinámico condicionado por la intervención de dos elementos fundamentales: la objetivación y el anclaje. Moscovici (1979) afirma que la objetivación es un proceso que permite generar una imagen o esquema concreto sobre un objeto abstracto, para ser entendido en la cotidianidad. Por su parte, Jodelet (1984) establece que el anclaje genera conclusiones rápidas frente a situaciones nuevas que no están contempladas en los esquemas generales de la representación, y proporciona modelos constituidos ideológicamente que integran las representaciones sociales y sus funciones.

Retomando el tema de la violencia como fenómeno social, Villamañan (2016) explica que a través del discurso social las personas se van creando conceptos acerca de lo que violencia significa, es decir, se van construyendo un conjunto de interpretaciones y representaciones, a través de componentes micro y macrosociales con los cuales interactúa el individuo en la cotidianidad. Esto le permite construir la realidad sobre dicho fenómeno y plantearse cómo responder ante él.

Por ello, la configuración de las representaciones sociales de violencia permite reconocer aquellos elementos que puedan justificar o rechazar la violencia directa que viven las personas, en este caso los jóvenes, así como la respuesta que se da frente a ella. En la línea de investigación, Krause, Torche, Velásquez y Jaramillo (2014) presentan un

estudio sobre representaciones sociales de violencia en jóvenes chilenos involucrados en actos violentos. En este, se resaltan dos grandes hallazgos: por un lado, se describen los factores que permiten comprender el surgimiento de actos violentos, entre los cuales se destacan la familia y los contextos inmediatos de socialización y, por otro lado, ofrece factores nucleares de la representación social que los jóvenes poseen sobre la violencia, entre los cuales resaltan la identidad social y el desprecio social (rechazo hacia los jóvenes y falta de espacios donde desenvolverse).

Asimismo, Arnosó-Martínez, Arnosó-Martínez y Pérez-Sales (2012), en su estudio de representaciones sociales sobre el pasado, resaltan la importancia de la memoria colectiva sobre un hecho traumático (para el caso, la dictadura militar argentina) como componente de las representaciones sociales. Los autores afirman que dicha memoria sirve como anclaje de estas para interpretar los conflictos sucedidos y los conflictos presentes dentro de la sociedad.

De igual manera, bajo el contexto de violencia que se vive en Colombia, Rodríguez y Suárez (2016) proponen un estudio de representaciones sociales sobre la violencia en jóvenes estudiantes de sexto grado de una institución privada, mediante la promoción de talleres que promueven la cultura de paz. Dicha investigación destaca la importancia del discurso de los estudiantes sobre las nociones de violencia que experimentan como víctimas directas o indirectas en su país. Asimismo, la investigación pone de manifiesto tres tipos de representaciones sociales sobre la violencia: (a) la violencia actual como continuidad del conflicto armado en Colombia; (b) los medios de comunicación como referente de acciones violentas, y (c) la percepción de la violencia como herramienta para llegar a la paz.

Queda de manifiesto, entonces, que la violencia puede asumirse desde una perspectiva histórica, pues debe considerarse como un proceso dialéctico que otorga una opor-

tunidad para comprender aquellas prácticas sociales que la generan (Villamañán, 2016). Retomando al sector juventud como uno de los más afectados históricamente por la violencia salvadoreña, resulta esperable que sea este sector de la población el que tenga diversas interpretaciones sobre la violencia directa de la actualidad. Ya lo dice Serrano (2005), son los jóvenes quienes heredan y enfrentan la violencia, son ellos los que tienen mayores ideas sobre cómo concebirla y/o abordarla, partiendo de su pasado histórico e interpretando su presente.

Así, “la violencia es también un campo representacional” (Uribe Patiño, 2015, p. 30), ya que en ella confluyen otras interpretaciones que la constituyen y la fortalecen; de esta manera, al analizar un fenómeno como la violencia directa, se deben tomar en cuenta otros elementos y evitar estudiarla como un fenómeno individual. Por ello, a raíz de la complejidad del fenómeno de violencia histórica salvadoreña, el retomar la teoría de las representaciones sociales para estimar la configuración de la violencia directa requiere un abordaje con perspectiva histórica. Tal como lo dice Martín-Baró (1985), el análisis realista de la violencia de El Salvador exige un recordatorio histórico.

En vista de lo anteriormente mencionado, se puede afirmar que el análisis realista de las representaciones sociales de la violencia requiere retomar el ejercicio de memoria colectiva sobre el conflicto armado, pues la memoria es un mecanismo importante para el aprendizaje significativo. Al recrear puentes entre la experiencia pasada y el presente, se condicionan posibles respuestas o acciones a futuro frente a los eventos que se recuerdan (Londoño y Carvajal, 2016).

Memoria histórica: un pilar de las representaciones sociales

Vázquez Sixto (2005) define la memoria como un proceso y producto histórico puesto en juego en las relaciones sociales, y condi-

cionado por el contexto y la sociedad en la que se produce. Además, aclara que hacer memoria no es copiar o duplicar un acontecimiento sino revivirlo, generarlo a través del contexto actual. Ejemplo de ello es que la memoria histórica se caracteriza por construirse socialmente en el presente (Londoño y Carvajal, 2016). Esto indica que esta se edifica en la interacción con los demás, a través del discurso, rituales, imágenes, entre otros.

La memoria, al ser construida en la interacción individuo-sociedad, se vuelve un elemento configurador de la representación social, y en los jóvenes, quienes no vivieron el conflicto armado, esta memoria se construye a través de la interacción y el diálogo con quienes sí lo vivieron; ante esto, Vázquez Sixto (2005) agrega que las representaciones de mundo que posee un individuo se forman por medio del diálogo y la práctica social. Para Flores (2012), en El Salvador, los jóvenes tienen como fuente primaria de información a su familia, la que va mediando en la construcción de la memoria colectiva sobre el conflicto armado. Esto puede influir en la construcción de la identidad, las creencias y las ideologías que poseen los jóvenes, lo cual sugiere que hacer memoria sobre el conflicto armado es un ejercicio que permite comprender parte de las representaciones sociales de la violencia directa que se vive actualmente.

Tal como De Alba González (2016) propone: “[L]a historia y la memoria colectiva, la construcción sociocultural del recuerdo, constituyen fuentes de anclaje de las representaciones sociales elaboradas en el presente” (p. 137). De igual manera, la autora propone tres grandes elementos que posee la relación de la memoria colectiva y las representaciones sociales: 1) la memoria interviene como conocimiento pasado en el que se anclan las representaciones sociales en el presente; 2) la representación social es el proceso psicosocial que hace posible la construcción del pasado de un evento en coherencia con la situación presente del sujeto, y, finalmente, 3) la representación social es un proceso organizador de

la situación presente, en el cual la memoria contribuye a planificar el futuro en función de las experiencias del pasado.

También, Moscovici (1981, citado en De Rosa y Mormino, 2000) propone que la memoria controla el desarrollo de las representaciones sociales. Esto se debe a que la memoria posee grandes bagajes de experiencia y de recuerdos de los que se extraen muchas imágenes y vocabulario, lo que se convierte en un procedimiento clave que permite convertir lo desconocido en familiar. De acuerdo con De Rosa y Mormino (2000), las representaciones sociales son la matriz que facilita que el pasado sea absorbido para organizar el futuro, a través de los diversos componentes que intervienen en su constitución, ya sean formas de saber, teorías, creencias o actitudes.

Así, se asume que, a pesar del transcurrir de los años, el tema del conflicto bélico sigue siendo parte del discurso y de la memoria de los habitantes; si bien el contenido de este puede variar, se ha iniciado un proceso de transmisión de la memoria a las generaciones posteriores. De esta forma, se tienen generaciones transmitiendo su memoria sobre el conflicto a sus familiares cercanos, memoria que configura de igual manera la interpretación que se posee sobre la violencia directa. No debe de extrañar que este contenido pueda variar entre zonas rurales y urbanas dado que los eventos históricos no se vivieron con la misma intensidad (IDHUCA, 2009). Todo lo anterior puede evidenciarse a través de tres diferentes estudios realizados en El Salvador, los cuales exploran cómo la memoria colectiva sobre el conflicto armado es transmitida y construida por los jóvenes de la posguerra, quienes utilizan el contenido de esta para tejer sus argumentos e interpretar su presente.

Primeramente, Flores (2012) realizó un estudio de memoria colectiva con jóvenes del área rural y urbana, dicho estudio afirma que los jóvenes que poseen mayor amplitud

de memoria colectiva sobre fechas, acontecimientos, autores de masacres y causas del conflicto armado son aquellos que poseen familiares que vivieron en zonas de conflicto frecuente; mientras que los jóvenes con familiares que vivieron en zonas de poca actividad conflictiva poseen una memoria colectiva vaga sobre dicho evento, así como una percepción diferente de la situación actual del país.

De la misma manera, Chacón Serrano (2017) desarrolló un estudio sobre memoria colectiva en jóvenes de una comunidad desplazada durante el conflicto armado. En este se observa que, aunque los acontecimientos del pasado no fueron experimentados por la generación joven, el contenido de sus memorias ha sido transmitido a través de la narrativa de familiares y vecinos, pero también por medio de los espacios físicos de encuentro. Ambos componentes les permiten a ellos configurar diversas formas desde las cuales interpretan la realidad actual, así como desarrollar una orientación ética y política en la vida. Asimismo, los jóvenes aducen continuidad del conflicto, ya que hacen una lectura de la realidad actual bajo el mismo esquema de conflicto; identifican que los personajes de la guerra siguen en pugna en el plano político (el partido ARENA versus el partido FMLN), pero también emergen nuevos actores, para el caso, los policías versus las pandillas.

Finalmente, la investigación sobre memoria, fotografía y jóvenes adultos de Voigtländer (2016) estudia la memoria sobre el conflicto armado desde los descendientes de exguerrilleros. La autora explica que el discurso de los jóvenes participantes tiene una gran carga valorativa hacia la guerrilla y su ideología de lucha por la justicia; dicho contenido se enraza en el contexto familiar y comunitario en el que estos jóvenes han crecido y, a la vez, les permite otorgar significado tanto a su pasado histórico como a su contexto actual.

Por todo lo antes mencionado, resulta relevante comprender cómo los jóvenes

representan la violencia directa que acontece en la cotidianidad desde una perspectiva histórica, ya que, tal como lo expresa Blair Trujillo (2009): “No existe una teoría capaz de explicar todas las formas de violencia” (p. 10). Esta tiene diversas maneras de ser explicada; es así como se establece que para hablar de violencia directa resulta importante preguntarles a las personas qué entienden por ella, en este caso a los jóvenes, quienes, tanto en el pasado como en el presente, siguen siendo una generación que se ve afectada de muchas maneras por la violencia directa. Sin embargo, a esto se le agrega un factor importante en la forma en que los jóvenes puedan asumir su realidad, es decir, el ser descendiente o no de un exguerrillero, puesto que, como se evidenció antes, la transmisión del contenido de la memoria tiende a ser más amplia, propia y profunda en personas que tuvieron algún pariente que participó en el conflicto, específicamente, en las zonas rurales del país (Chacón Serrano, 2017; Flores, 2012; Voigtländer, 2016). Esto podría explicarse porque estas zonas han sido las mayormente afectadas a nivel material y humano durante el conflicto armado (Krämer, 2009; Martín-Baró, 2000a).

Además, es relevante comprender la configuración de la representación social de la violencia directa de los jóvenes resaltando la influencia que los componentes micro y macrosociales de socialización les brindan con distintas condiciones y espacios sociales. Hay que recordar que son estos componentes, junto a la relación con los semejantes (otros jóvenes con quienes hay una relación directa) y sus antecesores (el vínculo histórico de la representación), los que condicionan las representaciones sociales (Villamañan, 2016).

Por todo lo antes expuesto, se considera que el auge de la violencia directa en la actualidad y el recuerdo aún presente de las heridas dejadas por el conflicto armado convierten a la violencia en un tema cotidiano para la sociedad, sobre todo para la juventud; por un lado, debido a su papel histórico en diferentes movimientos sociopolíticos, y, por otro, ya

que es este el cohorte generacional que se ve mayormente afectado por hechos delictivos, tanto como víctimas como en su realidad de victimarios (Aguilar, 2010).

Las representaciones sociales de la violencia permiten reconocer el uso de la violencia como válido o no, partiendo de la concepción e interpretación de esta que se genera a través de distintos factores micro y macrosociales. Esto se vuelve relevante ya que, y como lo expresa Duhalde (2011), la violencia en El Salvador ha sido legitimada y validada para la resolución de conflictos de manera histórica y parece ser que la cotidianidad de esta puede mantener dicha percepción en la actualidad, especialmente en los jóvenes, quienes la experimentan con mayor frecuencia. Esta legitimación de la violencia se vuelve perjudicial para la sociedad, ya que, como lo plantea Martín-Baró (2000a): “[U]na sociedad donde se vuelve habitual el uso de la violencia para resolver lo mismos problemas grandes que pequeños es una sociedad donde las relaciones humanas están larvadas de raíz” (p. 29). El reconocer la raíz de la violencia que se establece en las relaciones sociales salvadoreñas se vuelve importante para combatir dicho fenómeno.

Por ello, ante tal afirmación y todo lo previamente planteado, cabe cuestionarse: ¿cómo se configuran las representaciones sociales sobre la violencia directa actual en jóvenes descendientes de excombatientes de la guerrilla del conflicto armado salvadoreño en comparación con jóvenes no descendientes?

Como objetivo general, se pretende explicar cómo se configuran las representaciones sociales de la violencia directa en jóvenes descendientes y no descendientes de excombatientes de la guerrilla salvadoreña. Para lograr su cumplimiento, se plantean tres objetivos específicos: a) describir el contenido de las representaciones sociales de la violencia directa del contexto actual en jóvenes descendientes y no descendientes de excombatientes

de la guerrilla salvadoreña; b) comparar el contenido de las representaciones sociales de la violencia directa del contexto actual en jóvenes descendientes y no descendientes de excombatientes de la guerrilla salvadoreña y, finalmente, c) identificar los elementos que configuran las representaciones sociales de la violencia directa del contexto actual en jóvenes descendientes y no descendientes de excombatientes de la guerrilla salvadoreña.

Método

Diseño

La presente investigación se realizó bajo un enfoque cualitativo siguiendo un diseño fenomenológico (Hernández Sampieri, Fernández y Baptista, 2014). Según las líneas investigativas propuestas por Pereira de Sá (citado en Araya, 2002), en el estudio de las representaciones sociales, el enfoque cualitativo permite un abordaje más cercano a los aspectos constituyentes de las representaciones. De la misma manera, ya que uno de los elementos que conforman las representaciones sociales es la memoria histórica, Canales (2006) menciona que esta metodología facilita la comprensión de diversos fenómenos sociales desde la perspectiva histórica.

Por otro lado, a través del diseño fenomenológico, se puede acceder a la información que configura las representaciones sociales a través del análisis discursivo, ya sea por medio de conversaciones o entrevistas (Araya, 2002). De esta manera, este diseño permite establecer las experiencias y los conocimientos individuales y subjetivos de los participantes sobre el fenómeno en estudio (Hernández Sampieri *et al.* 2014).

Territorio

La investigación tuvo como aspecto fundamental el territorio al cual pertenecen los participantes, ya que los daños provocados, tanto en el área rural como en la urbana durante el conflicto armado fueron diferenciados, siendo

el área rural la más afectada (Krämer, 2009). Por ello, se seleccionaron dos territorios, uno del área rural y otro urbano.

Por un lado, se trabajó en Chalatenango, ya que fue uno de los departamentos que vivenció de manera marcada la guerra (Portillo, 2000). En la actualidad dicho territorio presenta una marcada memoria histórica, basada en la experiencia bélica y la identidad colectiva configurada en dicho contexto (Ospina, 2010; Flores, 2012; Silber, 2014; Chacón Serrano, 2017). Dentro de Chalatenango, se trabajó en el municipio de Arcatao, debido a la fuerte memoria histórica que lo caracteriza; además, cabe destacar que en la actualidad el municipio no experimenta violencia directa. En 2016, este fue declarado como “libre de violencia”.

También, se trabajó en el municipio de Santa Tecla, ubicado en el área metropolitana de San Salvador. Este es un territorio urbano que durante el conflicto armado tuvo menor impacto de violencia. Recientemente se le ha atribuido un tejido social complejo que se ha visto afectado y deteriorado por prácticas sociales como la violencia, la delincuencia y la victimización (Umaña, 2009).

Participantes

Se realizó un muestreo dirigido (Hernández Sampieri *et al.*, 2014), con base en los siguientes criterios de selección: a) ser o no descendiente de excombatientes de la guerrilla del conflicto armado; b) tener una edad entre 17 y 25 años, y c) haber nacido y residir en un área urbana, Santa Tecla, y haber nacido y residir en un área rural, Arcatao. Así, se contó con la participación de seis jóvenes del municipio de Arcatao (cuatro mujeres y dos hombres) y seis jóvenes del municipio de Santa Tecla (dos mujeres y cuatro hombres). Asimismo, con base en el criterio de saturación del discurso, no fue necesario incorporar más participantes (Canales, 2006).

Por jóvenes descendientes de excombatientes se entiende a aquellos con vínculos familiares con exguerrilleros, es decir, ser hijos, sobrinos o nietos, de personas que hayan participado directamente en la guerra; ello implica la convivencia a lo largo del tiempo de estos jóvenes con dichos excombatientes. Del mismo modo, se aclara que con exguerrilleros se alude a combatientes sin distinción de género y rol desempeñado dentro de la organización guerrillera. Por otro lado, como no descendientes de excombatientes se hace referencia a aquellos que no tengan vínculos familiares con ningún tipo de excombatiente, es decir, que sus familiares no hayan participado directamente en el conflicto armado.

La selección de jóvenes entre los 17 y 25 años se basó en dos aspectos: por un lado, quienes nacieron y crecieron en un contexto de posguerra, por lo cual no vivieron el conflicto armado, y cuyo conocimiento sobre este se basa en sus fuentes más cercanas de socialización: su familia (Flores, 2012) y su comunidad (Chacón Serrano, 2017; Voigtländer, 2016). Por otro lado, quienes son la población mayormente afectada por la violencia en la actualidad, como se evidenció anteriormente.

Técnica de producción de datos

Se utilizó como técnica de producción de datos la entrevista a profundidad. En esta entrevista, se retomaron tanto las funciones de las representaciones sociales como la construcción de memoria. En la indagación de dichas funciones, se toma en cuenta la interacción pasado-presente que los jóvenes realizan para interpretar la violencia actual.

El guion de entrevista fue sometido a validez de contenido, mediante el método de jueces, que, como menciona Tristán-López (2008), es una de las estrategias utilizada en el modelo Lawshe para el dictamen de la validez de contenido. En este proceso, se convocó a tres profesionales con experiencia académica y laboral con el tema de la inves-

tigación. Además, se utilizó una escala Likert de pertinencia y claridad de ítems con puntuaciones del 1 al 5. Al finalizar este proceso, se calculó el Índice de Validez de Contenido (CVI) y la Razón de Validez de Contenido (CVR). Tras evaluar las puntuaciones de CVR de las preguntas, se redujo el tamaño de 70 preguntas a 48. El CVI reportó un valor de 0.8302, lo cual garantiza consistencia interna.

Subjetividad de los investigadores

Debido a que los investigadores compartían características similares a los participantes (jóvenes de posguerra, familias que sufrieron el conflicto armado, víctimas a distinto nivel de la violencia actual), se estimó necesario trabajar reflexivamente su subjetividad.

Dicha iniciativa se retoma de la técnica de relatos de vida utilizada por Chacón Serrano (2017). De esta manera, se realizó un ejercicio de reflexión sobre la “propia historia del conflicto armado y violencia” de cada investigador, se hizo mediante un autorrelato individual de forma escrita; posteriormente, este se compartió entre los integrantes y con un psicólogo como acompañante; luego se dialogaron y analizaron las historias. La realización de este ejercicio permitió al grupo expresar con mayor facilidad empatía durante las entrevistas, identificar los momentos que más afectaban a cada entrevistado al reconocer y validar las experiencias y emociones de los mismos, así como aceptar cuándo el discurso del participante no era concordante con las posturas y creencias del equipo con respecto a la violencia del conflicto armado y a la actual.

Procedimiento

El proceso investigativo se dividió en tres grandes etapas. Durante la primera, se construyó el diseño metodológico. Se realizó la definición de criterio de participantes en coherencia con la revisión bibliográfica. Posteriormente, se diseñó el guion de entrevista a profundidad y se realizó la validación de este; a la vez, se implementó

una prueba piloto. Como segunda etapa, se ejecutó el trabajo de campo en ambas localidades (Santa Tecla y Arcatao). Se contó con personas que facilitaron el acceso, ya que eran residentes de los territorios y poseían relación con los participantes. Al implementar el instrumento, se entregó a todos los participantes una copia de consentimiento informado. Finalmente, se procedió a la transcripción de cada entrevista realizada y al proceso de análisis respectivo.

Aspectos éticos

La investigación estableció la debida confidencialidad a cada uno de los participantes. Se aseguró que la participación fuera voluntaria y se aclararon otros aspectos e implicaciones del estudio dentro de un consentimiento informado. En caso de quedaran dudas sobre la entrevista, fuese necesario explicar el desarrollo de la investigación, o bien en caso de necesitar asistencia psicológica, el equipo proporcionó la información necesaria para actuar lo antes posible.

Análisis de los datos

Al finalizar las transcripciones de las entrevistas, se inició el proceso de análisis de discurso (Hernández Sampieri *et al.*, 2014). Se procedió a codificar cada entrevista de acuerdo a códigos previamente establecidos para cada una de las dimensiones y subcategorías que se utilizaron. Luego, se llevó a cabo una división del contenido de cada entrevista de acuerdo con el código que se le asignó. Posteriormente, se elaboraron dos matrices (una para descendientes y otra para no descendientes) en las que se colocaron las frases más representativas de cada dimensión y subcategoría. Finalmente, se integraron las respuestas de cada subcategoría para formar los resultados por su categoría respectiva para luego continuar con la comparación respectiva entre los dos grupos; dicho contraste implicó la consideración de semejanzas o diferencias entre las respuestas, así como la identificación de inconsistencias o el carácter único y nove-

doso de algunas afirmaciones. De manera paralela, se identificaron en el discurso los componentes que configuran las representaciones sociales de la violencia directa en los jóvenes en general, sin distinción de ser o no descendientes de exguerrilleros; a la vez, se fue interpretando la relación de violencia “pasado-presente” que los participantes elaboraron en sus respuestas.

Resultados

A continuación se presentan los hallazgos más significativos del fenómeno en estudio; estos se han estructurado dentro de tres grandes apartados: a) contenido de las representaciones sociales sobre la violencia directa que poseen los jóvenes descendientes, seguido del contenido que presentan los jóvenes no descendientes; b) comparación del contenido de las representaciones sociales de la violencia directa entre ambos grupos, y c) elementos que configuran las representaciones sociales de los jóvenes descendientes, para luego abarcar los elementos encontrados en los no descendientes.

Representaciones sociales de la violencia directa en jóvenes descendientes de exguerrilleros

Conceptualización de la violencia directa

La violencia es un daño físico y/o emocional a las demás personas, así como una serie de manifestaciones en el contexto social.

Para los descendientes, el concepto de violencia alude a tres elementos: el daño físico como expresión primordial, luego el daño psicológico y, finalmente, el daño emocional. Si bien los jóvenes reconocen que es la violencia física la que se enmarca principalmente en el contexto salvadoreño, también distinguen diferentes tipos de violencia que pueden abarcar desde ámbitos interpersonales hasta el medio social. Entre estos tipos destacan: la violencia emocional, la psicológica y la violencia de género. Además, se

menciona la violencia económica y la injusticia social como tipo de violencia.

Características de las personas violentas: rasgos personales y condiciones sociales

Sobre las características de las personas violentas, los participantes describen de manera amplia y exacta dos rubros. Primeramente, el carácter que poseen dichas personas: vengativas, prepotentes, intimidantes, impacientes, impulsivas y con poco control de sus emociones. Como segundo factor, la condición social. Las personas violentas expresan baja o nula educación académica, separación o ausencia de padres y falta de atención de parte de su núcleo familiar. Cabe destacar que la falta de educación no es vista como un factor suficiente por sí solo para ser violento, pues se le brinda mayor importancia a la crianza por parte de los padres.

Todos los salvadoreños somos violentos

Los jóvenes descendientes afirman que todos los salvadoreños son violentos, ya sea de forma innata o bien por influencia cultural.

San Salvador es víctima de violencia, Arcatao vive en paz

Con respecto a los lugares más violentos, los jóvenes reconocen que se caracterizan por la presencia de escasos recursos, tanto a nivel económico como material. De igual manera, identifican geográficamente zonas de alta peligrosidad, tales como: San Salvador, Soyapango, San Martín. Por otro lado, en el discurso se identifica que, para ellos, Arcatao tiene la característica de ser no violenta dado que el territorio vive en ausencia de asesinatos, existe sensación de paz y libertad para circular.

La violencia pandilleril carece de objetivos claros que la justifiquen

En el discurso, los jóvenes remiten parte de sus argumentos hacia la violencia pandilleril, de ella la representación social indica que no existe un objetivo claro que explique su razón de ser, ello les imposibilita identificar algún motivo para justificar su existencia.

Similitud de actos violentos en el contexto actual y el pasado conflicto armado

Los participantes reflexionan que muchos de los sucesos ocurridos por la violencia en la actualidad tienen cierta semejanza con los que sucedieron en el conflicto armado. Al respecto basan sus ideas en que ambos espacios se han visto envueltos en asesinatos, aunque los motivos por los cuales han ocurrido fueron distintos. Igualmente, destacan que ha sido la población civil, especialmente la joven, la que se ha visto mayormente afectada.

Causas de la violencia directa

El trauma generado en el conflicto armado

Los jóvenes reconocen que el trauma psicológico dejado por el conflicto armado es una causa de la violencia actual que sufren los salvadoreños, pues manifiestan que los excombatientes no fueron atendidos para sanar las heridas psicológicas ocasionadas en dicha época. Heridas que se sostienen en la actualidad, y que desembocan en el ejercicio de estilos de crianza autoritarios, en los que la niñez sufre de violencia.

El trauma de las experiencias violentas en la infancia

De igual manera, perciben que el trauma generado por los diferentes tipos de violencia que sufre la niñez en lo cotidiano y la falta de atención a esto refuerzan el que en el futuro aprendan a utilizar la violencia como el medio para resolver los problemas.

La falta de oportunidades de desarrollo para los jóvenes

La falta de un empleo en los jóvenes se convierte en obstáculo para solventar sus necesidades y, por consiguiente, optan por involucrarse en grupos pandilleriles para obtener los recursos económicos necesarios.

Consecuencias de la violencia directa

Círculo de violencia: la violencia genera más violencia

Los participantes identifican como principal consecuencia la aparición de más violencia como respuesta a esta y al trauma que genera. Esto permite la generación de un círculo de violencia en el que la “violencia genera más violencia”. Tal afirmación enfatiza que la niñez aprende a ejercer violencia.

Responsables y víctimas de la violencia directa

Padres de familia: principales responsables del problema

Al hablar sobre los principales responsables de la violencia actual en El Salvador, se presenta un gran actor: los padres de familia; sin embargo, este se concibe desde dos perspectivas. En la primera, algunos remiten la responsabilidad a los padres, refiriéndose a los participantes del conflicto armado, ya que son ellos quienes continuaron inculcando la violencia como medio para resolver problemas. En la segunda perspectiva, se menciona a los demás padres de familia en general, manifestando la escasa o nula responsabilidad de estos al educar con afecto a sus hijos, pues emplean estilos de crianza más autoritarios.

Los jóvenes son víctimas de la violencia

Los participantes mencionan que la principal víctima de la violencia son los jóvenes, por sus características particulares como población.

Reacciones emocionales ante la violencia directa

El miedo a perder la vida influye en reacciones pasivas

Frente a las diferentes experiencias de violencia que han presenciado los descendientes, expresan que usualmente tienen una reacción emocional común y consistente: el miedo por las amenazas y el grado de violencia utilizado contra ellos. En esta línea, los jóvenes responden a la violencia de forma pasiva y evitativa. Justifican el valor mínimo de lo material frente al valor propio de la vida, ideas que en algunos casos provienen de aprendizajes retomados de sus padres.

Formas de combatir la violencia directa

La educación escolar y en casa como pilares fundamentales

Las acciones que más se mencionan para prevenir, disminuir y eliminar la violencia se basan en brindar una buena educación desde la infancia, tanto a nivel académico (educación de calidad) como dentro de la familia (crianza sana y amorosa).

Mayores oportunidades de empleo y acceso a terapia psicológica

De igual manera, se manifiesta la generación de oportunidades de empleo y de asistencia a terapia como opciones para disminuir la violencia. Al mencionar el uso de terapia psicológica, los jóvenes estiman que las personas tienen capacidades de cambio siempre que lo deseen.

Acciones desde la comunidad: organización comunitaria y trabajo con jóvenes

En situaciones de violencia a nivel comunitario, los descendientes manifiestan una reacción conjunta de trabajo organizado, tanto para prevenir como para tratar situaciones de violencia que puedan perjudicar a la comu-

nidad a corto y a largo plazo. Las acciones implementadas parten desde pequeñas actividades con los involucrados hasta la búsqueda de ayuda en colaboración con autoridades. Asimismo, el miedo que pueda generar la violencia es tomado como impulso para actuar de manera rápida y conjunta en Arcatao.

Transmisión de la memoria histórica: continuar con el legado de los antecesores

Finalmente, se identifica la memoria histórica como un componente importante para prevenir y combatir la violencia, pues la transmisión de la misma hace referencia a la enseñanza sobre lo ocurrido durante el conflicto armado, específicamente, todo lo que hizo la guerrilla para alcanzar algunos cambios sociales en la localidad. Esto con la finalidad de que los jóvenes reflexionen sobre sus acciones, busquen seguir contribuyendo a la comunidad con lo que hacen y así eviten incidir en la violencia que se vive en El Salvador.

Representaciones sociales de la violencia directa en jóvenes no descendientes de excombatientes

Conceptualización de la violencia directa

La violencia es un daño físico y/o emocional a las demás personas, así como una serie de manifestaciones en el contexto social

Los participantes mencionan que violencia es toda acción que atenta contra los derechos y la integridad física y mental de una persona. Las percepciones de violencia abarcan tanto el daño físico, como la respuesta emocional que se puede producir. Por otro lado, los jóvenes reconocen que la violencia puede exhibirse de varias formas (física, emocional, psicológica y verbal) y destacan que esta puede surgir entre parejas, por género, hacia mujeres u hombres, e incluso contra los animales. Además, reconocen la violencia ejercida directamente del Estado en contra de la población.

Características de las personas violentas: rasgos personales y condiciones sociales

Al hablar de las características que posee una persona violenta, los participantes reconocen que pueden comprenderse desde dos ideas. Primeramente, se encuentran los rasgos personales, siendo el más importante la impulsividad que tienen las personas violentas. En segunda instancia, conciben la existencia de condiciones sociales que favorecen el que un individuo sea violento, algunas de ellas son: falta de educación, situación de precariedad económica y de exclusión social.

Todos los salvadoreños somos violentos

Los jóvenes afirman que todos los salvadoreños son violentos porque tienen la capacidad innata de serlo; además, agregan que es la cultura en la que se vive la que favorece el ser explosivo y reaccionar agresivamente.

San Salvador es víctima de violencia, la seguridad depende de los recursos económicos

En cuanto a los lugares que los participantes reconocen como más violentos, destacan que, si bien la violencia se encuentra en todos lados, esta afecta especialmente a San Salvador y sus alrededores. Por el contrario, al hablar de lugares menos violentos, destacan que difícilmente pueden localizarse debido a que, para alcanzar esa sensación de paz y seguridad, únicamente las personas con recursos económicos altos pueden financiarlas a través de residencias que garanticen la vigilancia.

Violencia actual comprensible, mas no justificada

Reflexionar sobre la justificación de la violencia lleva a los jóvenes a realizar una comparación entre la que viven en la actualidad y la que se vivió el conflicto armado. De ello surgen reflexiones divididas entre los no descendientes. Mientras unos afirman que no puede ser comprensible el uso de la violencia,

sobre todo por grupos pandilleriles, debido a que no se tiene un objetivo claro para usarla, ya que el uso de ella es una finalidad en sí; otros manifiestan que la violencia actual sí es comprensible, puesto que consideran que existen diversas condiciones sociales que, al igual que durante el conflicto, no han sido resueltas ni satisfechas; esto conlleva a que mucha población opte por realizar acciones delictivas en pro de suplir sus necesidades.

Similitud de actos violentos entre el contexto actual y el pasado conflicto armado

Para los jóvenes no descendientes, una de las semejanzas más grandes entre ambos momentos es que la mayor víctima sigue siendo la población civil. También, mencionan que en ambos espacios se dan homicidios y secuestros, y conciben que los jóvenes son una parte importante de los grupos en disputa.

Causas de la violencia directa

La falta de oportunidades de desarrollo

Los participantes perciben que esta es el resultado de la desigualdad social y de la falta de aspectos esenciales para el desarrollo de la persona, como pueden ser la ausencia de educación y de oportunidades laborales. Además, comentan que influye la falta de comprensión, cariño y orientación, donde esta falta de elementos es un factor que impulsa a buscar esa comprensión y sentido de pertenencia en grupos, como pueden ser las pandillas.

Crianza autoritaria en casa

Para los participantes, muchos hogares experimentan violencia intrafamiliar, lo cual favorece la legitimación de esta como medio para solucionar problemas y el que la niñez la tome como modelo de vida.

La legitimación de la violencia desde el conflicto armado

Además, los jóvenes no descendientes identifican como causa la influencia del conflicto armado en la cultura de violencia que vive el país. Esto desde dos puntos de vista: primero, mencionan que las personas que fueron más afectadas por el conflicto tuvieron que buscar soluciones para enfrentar sus problemas, en vista de que la solución que el Estado y el pueblo les habían enseñado era la violencia, decidieron seguir el ejemplo, situación que se traslapa en la actualidad. En segundo lugar, se otorga a los excombatientes del conflicto la responsabilidad de haber legitimado el uso de la violencia.

Consecuencias de la violencia directa

Trauma psicológico

En cuanto a consecuencias de la violencia actual, se ha visto afectado el tejido psicosocial de la población. Los participantes hacen énfasis en que emerge inseguridad, miedo o estrés, lo cual afecta la salud mental de la población.

Pérdidas económicas

Frente a situaciones como los robos o extorsiones, existen daños económicos que afectan los recursos con los que cuentan las personas para satisfacer sus necesidades; también, frente a la imagen de violencia que emite el país al mundo, muchas empresas extranjeras se privan de considerar negocios dentro del territorio por temor a no prosperar.

La migración forzada

La migración es un fenómeno que se ha intensificado. El peligro percibido obliga a familias a moverse dejando atrás sus hogares y trabajos.

Círculo de la violencia: la violencia genera más violencia

Otra gran consecuencia de la violencia es la generación de más violencia como un ciclo que se repite.

Responsables y víctimas de la violencia directa

El Estado y las pandillas: principales responsables de la violencia

Al hablar sobre los responsables de la violencia, identifican a un actor principal: el Estado, que no pudo controlar el surgimiento de grupos pandilleros y que, en la actualidad, sigue sin poder mantenerlo. También, reconocen que los grupos de pandilleros tienen responsabilidad porque son los ejecutores y también los encargados de reclutar a más miembros.

Los salvadoreños también contribuyen en la reproducción de violencia

Asimismo, sugieren que los salvadoreños en general también son responsables de la violencia, debido a sus formas de actuar y de vincularse con otros, muchas veces mantienen una cultura violenta a través de sus relaciones sociales.

La sociedad en general es la principal víctima

Como principal víctima de violencia, los jóvenes mencionan a la sociedad en general, sin distinción de grupos.

Reacciones ante la violencia directa

El miedo a perder la vida influye en reacciones pasivas

Ante experiencias de violencia, específicamente ejecutadas por pandillas, los jóvenes concuerdan en que su respuesta al hecho es una reacción emocional: el miedo. Este no se reduce a una experiencia en el momento del suceso, sino que evoluciona en la toma de medidas preventivas ante futuros eventos similares que contribuyan a la sensación de

seguridad y que, a la vez, permitan guardar la vida.

Formas de combatir la violencia directa

Satisfacción de necesidades básicas y la enseñanza de profesiones

La disminución de la violencia se puede dar por medio de la inclusión de los jóvenes en actividades que les permitan desarrollarse. Para ello se considera indispensable brindarles los servicios básicos para satisfacer sus necesidades (un hogar, comida, vestimenta, etc.) hasta que ellos adquieran conocimientos en algún área profesional y puedan hacer uso de ella para subsistir.

Apoyo familiar

Igualmente, sugieren que la familia y personas cercanas de estos jóvenes eviten cualquier clase de exclusión o trato diferenciado hacia ellos, que dificulte la reinserción a la sociedad.

Voluntad por el cambio y apoyo con terapia psicológica

Por otro lado, los participantes consideran que es posible que la violencia disminuya si una persona cambia su comportamiento violento. La persona necesita recibir terapia o rehabilitación, así como un acompañamiento multidisciplinario que le permita cambiar verdaderamente; eso sí, la persona debe querer el cambio.

La falta de organización comunitaria dificulta el enfrentamiento del problema

Finalmente, los jóvenes reconocen que es muy difícil que la comunidad o sociedad pueda hacer algo para cambiar o enfrentarse a la situación de violencia. En este sentido, recalcan que es el miedo a lo sufrido durante el conflicto armado, lo que impide que se dé una organización social para disminuir o eliminar la violencia. Es decir, los participantes

consideran que el recuerdo del conflicto armado, en cuanto a los movimientos organizados y el uso de las armas para solucionar problemas, se vuelve un obstáculo para la organización comunitaria actual y, por ende, para enfrentar la violencia que actualmente se vive en El Salvador, pues estiman que tomar medidas planificadas desembocaría en otro enfrentamiento armado.

Comparación entre los contenidos de las representaciones sociales de la violencia directa entre ambos grupos de jóvenes

Los jóvenes coinciden en la mayor parte de la conceptualización que sobre violencia directa poseen; son escasas las discrepancias encontradas al respecto. Sin embargo, al momento de comparar otras categorías, se encuentran grandes diferencias, principalmente en: a) responsables y víctimas principales de la violencia, y b) formas de combatir la violencia actual. Por ello, dentro del siguiente apartado, se presentan las confrontaciones más relevantes bajo los apartados: semejanzas y discrepancias.

Semejanzas entre el contenido de las representaciones sociales de la violencia directa

Los jóvenes entrevistados demuestran claramente que la definición de violencia puede ser concebida de varias formas; sin embargo, sí se enfatiza en que hablar de violencia es hablar de una transgresión a los derechos humanos. Además, los discursos concuerdan en que principalmente es de tipo física, seguida de algún daño emocional.

También concuerdan que en el país la violencia se divide en varios tipos, dentro de los que se encuentran: a) *la psicológica (y/o emocional)*, la cual se traduce en la constante degradación de la salud mental; b) *la estructural*, aquella que proviene de las injusticias sociales que reproduce el Estado hacia el país, y c) *la "pandilleril"*, que a través de sus actos

delictivos se encarga de esparcir el miedo y la inseguridad.

Los participantes coinciden en las características que tienen las personas que ejercen violencia. Establecen que existen rasgos personales que les hacen más propensos a ejecutar actos violentos, entre estos se mencionan: carencia de autocontrol sobre sus acciones y decisiones, pues tienden a ser impulsivos y poco pacientes, prepotentes y vengativos. A la vez, consideran que, a nivel social, se rodean de condiciones que propician el ejercicio de violencia como la falta de educación, viven en desigualdad económica y social, podrían vincularse a la exclusión social e incluso se destaca la ausencia de atención en el núcleo familiar.

A pesar de esta distinción de características, los jóvenes están de acuerdo en que todos los salvadoreños son violentos, pues todos poseen una facultad innata que les hace reaccionar de esta forma ante diversas circunstancias. Igualmente, señalan que es el medio social, como la familia o los medios de comunicación, los que favorecen la reproducción de la violencia y promueven y/o normalizan que las reacciones agresivas surjan.

Otra semejanza encontrada se manifiesta al retomar los lugares que son considerados como los más violentos a nivel nacional. De ello, los jóvenes establecen que estos se describen como zonas marginales, carentes de recursos económicos, en situación de exclusión social y áreas sobrepobladas. Además, hacen hincapié en que estas zonas se destacan en el departamento de San Salvador y sus alrededores.

Por otro lado, al retomar la violencia que ocurre actualmente, los participantes coinciden en que esta carece de objetivos que permitan entender su razón de ser, ya que no encuentran motivos que la expliquen, únicamente señalan que esta surge para obtener algún beneficio material. Refiriéndose a las acciones violentas que surgen en la actua-

lidad, recalcan el parecido con las ocurridas durante el conflicto armado. Para ellos, en ambos momentos, ocurren grandes pérdidas humanas.

Los participantes coinciden en muchas de las causas que explican la violencia. Para ellos, esta es producto de la falta de oportunidades de crecimiento para los jóvenes y el contexto de desigualdad social en el que viven. Esta situación les empuja a tomar decisiones referentes a incorporarse a las pandillas para encontrar medios para sobrevivir. De igual modo, concuerdan en que el pasado conflicto armado puede incidir en el uso de la violencia; esto debido a que, al no tratar las heridas psicológicas de los participantes del mismo, han tendido a reproducirla a través del tiempo como medio para solucionar problemas, proceso que, en la actualidad, se ha legitimado. También, se asemejan al afirmar que dicho fenómeno se fomenta a través de estilos de crianza autoritarios.

Por otra parte, los jóvenes de ambos grupos comparten algunas consecuencias de la violencia que se hacen visibles en la realidad salvadoreña: por un lado, mencionan las pérdidas humanas y económicas que usualmente surgen tras algún hecho delictivo realizado por miembros de pandillas; por el otro, destacan que la violencia está convirtiéndose en un ciclo que parece no tener fin. Esta idea se reafirma con lo que observan de las formas en las que se está enfrentando a los grupos pandilleros, con el empleo de más violencia proveniente del Estado.

Con respecto a las reacciones que surgen frente a situaciones violentas, los participantes conciertan con que la mejor manera de enfrentarlas es ser precavidos, actuar de forma pasiva y ceder ante las peticiones de los victimarios. Asimismo, destacan en común que la reacción emocional inmediata, ante cualquier hecho violento, es el miedo, una emoción que no solo invade a la persona luego de los eventos, sino que trasciende al momento y les

refuerza que deben actuar con precaución en el futuro.

Finalmente, cuando se retoma la lucha contra la violencia, la única estrategia en la que concuerdan los jóvenes de ambos grupos es aquella en la que se promueva la credibilidad en la voluntad de cambio y el acceso a terapia psicológica para el fomento de conductas prosociales en las personas violentas.

Discrepancias entre el contenido de las representaciones sociales de la violencia directa

Al hablar de responsables principales de la violencia, el discurso se ve polarizado en dos perspectivas: por un lado, los jóvenes descendientes ubican a los padres de familia como principales agentes propiciadores de violencia, ya sea por la herencia que transmiten desde el conflicto armado o por el estilo de crianza autoritario con el que educan a sus hijos. Desde el segundo punto, los jóvenes no descendientes identifican al Estado como principal responsable, recalcan que este es ineficaz al momento de proponer estrategias que contribuyan a solucionar el problema. Al hablar de principales víctimas, a nivel de violencia física y pandilleril, los jóvenes descendientes especifican que es la población joven la más afectada. En cambio, los jóvenes no descendientes estiman que la vulnerabilidad está en toda la población salvadoreña.

Por otro lado, al mencionar las consecuencias, el discurso de los no descendientes abarca otros aspectos que los descendientes no sugieren en ningún momento. Mencionan, por ejemplo, que las víctimas de violencia desarrollan una especie de desequilibrio emocional que termina afectando la salud mental, de esto reconocen que es el miedo y la falta de sensación de seguridad las que están funcionando como una especie de trauma psicológico. Otra diferencia es la que sugiere que la economía de la población civil se ve afectada de varias maneras, tanto a nivel

personal como a nivel nacional. Finalmente, los no descendientes consideran que el país está inmerso en el fenómeno de la migración, pues muchas personas están optando por cambiar sus lugares de residencia para prevenir ser víctimas de pandillas.

Una diferencia muy marcada entre los participantes responde a cómo conciben los lugares menos violentos a nivel nacional. Desde sus ideas, los jóvenes descendientes representan el territorio de Arcatao como el mejor ejemplo de un lugar que vive en ausencia de violencia. Por el contrario, los jóvenes no descendientes afirman que la ausencia de violencia únicamente pueden lograrla las personas con mayores ingresos económicos, quienes pueden pagar residencias que garanticen vigilancia.

Otra diferencia notoria encontrada dentro del discurso de ambos grupos de jóvenes radica en las estrategias que proponen para el combate de la violencia actual. Los descendientes enfatizan la educación como principal herramienta para el fomento de la no violencia; de ello desglosan una serie de propuestas ligadas a la adecuada crianza en el hogar y una educación de calidad en la escuela, ya que se espera que los niños obtengan un aprendizaje lleno en valores morales que logren guiar sus conductas a futuro. Además, proponen el desarrollo de mayores oportunidades de crecimiento para la juventud en las que se espera la apertura de empleos.

Igualmente hacen un énfasis en la educación que proviene de su comunidad: con esta retoman como pilar la importancia de la transmisión de la memoria histórica como modelo que muestre los logros obtenidos de los antecesores y a los cuales la juventud debe apostar por seguir construyendo. Del mismo modo, recalcan el valor que tiene la unidad y organización comunitaria del territorio para tomar medidas inmediatas cuando suceden eventos violentos. Cabe reconocer que estas propuestas tienen un trasfondo más preven-

tivo que apuesta a durar más en el tiempo, ya que se trabaja la violencia desde la infancia y la juventud temprana.

En contraparte, los jóvenes no descendientes exponen propuestas para la reducción de la violencia partiendo de estrategias más inmediatas y que parecen ser menos prolongadas en el tiempo. Ellos identifican como importante buscar acciones que acaben con el fenómeno actual y no tanto que sean preventivas. Así, proponen que las estrategias se encaminen en la enseñanza de profesiones, la satisfacción de necesidades de los jóvenes delincuentes y el apoyo familiar como la base para la reinserción a la sociedad de estas personas. Algo a destacar es que reconocen que la falta de organización social-comunitaria para combatir la violencia es una limitante en el fomento de estrategias para enfrentarse al problema; esto debido a que asemejan que organizarse podría resultar en otro conflicto armado.

Elementos configuradores de la representación social de la violencia directa de los jóvenes descendientes de excombatientes

La representación social de los jóvenes descendientes se configura por elementos macro y microsociales, los cuales influyen de diferente manera en la interpretación de la violencia. Para los participantes de Arcatao, la memoria histórica, la crianza proporcionada por la familia y el sentido de pertenencia comunitario presentan un peso fundamental al hablar sobre la violencia, mientras que la experiencia directa e indirecta con respecto a haber sido o no víctimas de algún hecho violento se presenta en segundo plano.

Memoria histórica

Este elemento psicosocial se presenta con fuerza en la representación de los jóvenes de Arcatao, es decir, para ellos el conocimiento sobre el conflicto armado es retomado frecuentemente para comparar e interpretar

la violencia actual, sobre todo porque este tiene un vínculo significativo con la historia y el sufrimiento de su propia familia, su comunidad e incluso comunidades vecinas de las que conocen sobre su pasado. La construcción de memorias les permite orientar sus acciones preventivas frente a la violencia, retomando el pasado como referente para el presente.

Crianza familiar

El elemento de crianza familiar da cuenta de cómo las enseñanzas y los cuidados por parte de los padres están presentes en la perspectiva de violencia que los jóvenes descendientes se forman. Es de suma importancia reconocer que la educación en el hogar se nutre de la memoria histórica que poseen los padres de familia, quienes participaron en el conflicto armado, por lo cual los aspectos de violencia/no violencia enseñados son asimilados y personalizados por los jóvenes.

Sentido de pertenencia comunitaria

La identidad social de pertenecer a Arcatao, una zona identificada por los participantes como pacífica, configura la catalogación de territorios y personas como violentos o no violentos; de esta manera, se compara el propio territorio con otros (San Salvador, Soyapango, Las Margaritas). El uso de frases como “todo el mundo dice aquí... por eso para mí” expone la influencia que el sentido de pertenencia juega en la representación de la violencia, sobre todo cuando estas van ligadas a elementos de la memoria histórica.

Experiencia directa

La experiencia directa con la violencia, especialmente los asaltos con armas, produce condiciones emocionales y cognitivas tales como el miedo, la sensación de amenaza generalizada (temor a que vuelvan a ocurrir los hechos) e impotencia de respuesta frente a los actos, de manera que violencia se convierte en sinónimo de miedo o temor. Por

consecuente, la vivencia prepara las acciones que se pueden utilizar para enfrentarse a dichas situaciones; de ello se estima que las medidas más adecuadas y asertivas para enfrentar la violencia individualmente son la evitación y la pasividad. Cabe mencionar que este temor y estas experiencias se vinculan con sucesos experimentados en San Salvador, pues consideran que la mayor parte de situaciones delictivas las ha sufrido en este territorio.

Experiencia indirecta

La experiencia ajena de violencia, que se observa o se escucha, permite comprender e interpretar la violencia actual en diferentes aspectos. Por un lado, posibilitan la caracterización del salvadoreño como persona violenta, y, por otro, la percepción de la violencia como elemento cultural en la sociedad. Asimismo, las acciones eficaces que su propia comunidad ha tomado para prevenir la violencia les permite tener ideas sobre cómo actuar si en un futuro surgen situaciones en las que deben combatir tal fenómeno.

Elementos configuradores de la representación social de la violencia de los jóvenes no descendientes de excombatientes

La representación social de los jóvenes no descendientes se configura por elementos macro y microsociales, al igual que para los jóvenes descendientes; sin embargo, dichos elementos influyen de diferente manera. Para la población de Santa Tecla, poseen mayor peso las experiencias directas e indirectas con la violencia, así como los medios de comunicación; mientras que la crianza familiar y el sentido de individualismo aparecen en segundo plano. Finalmente, la memoria histórica condiciona la comprensión de interpretación de violencia, aunque este factor se presenta tenuemente.

Experiencia directa

La experiencia directa de los jóvenes no descendientes configura fuertemente la interpretación de la violencia, así como las expectativas, emociones y acciones que pueden tomarse frente a las situaciones que se enfrentan; es decir, influye en los pensamientos, las emociones y las conductas sobre violencia que posee la población. La vivencia de asaltos con arma provoca la asociación de miedo con violencia. Tal percepción condiciona expectativas de incertidumbre a ser asesinado, por ello orienta las acciones de pasividad y obediencia para enfrentarse a las personas violentas.

Experiencia indirecta

La experiencia indirecta pone de manifiesto cómo las experiencias vividas durante el conflicto armado, o por violencia en la actualidad en familiares o conocidos, se vuelven un factor determinante para reaccionar frente a la violencia, así como la asociación de miedo con violencia. Por un lado, se evidencia que la normalización de violencia por parte de las personas mayores transmite el que tanto la generación del conflicto como la del posconflicto se adapten a la presencia continua de violencia. Por otra parte, se percibe que los jóvenes evitan la organización colectiva con base en la experiencia conocida del conflicto armado. Como tal, la experiencia indirecta se vuelve una guía para el comportamiento frente a la violencia.

Medios de comunicación

Los medios de comunicación nutren el conocimiento que se posee sobre los tipos de violencia que se viven en El Salvador, aludiendo los feminicidios, los robos y las extorsiones. También, aportan ideas sobre las condiciones que propician ser víctima de violencia, tal como ser joven, ser mujer, viajar con objetos valiosos y a lugares alejados de la propia residencia. Además, nutren la

sensación de inseguridad asociada a ciertos territorios del país.

Crianza familiar

La educación y el cuidado familiar se presentan en segundo plano, pues los jóvenes expresan frases como “se me ha enseñado” o “desde pequeño mis papás me decían”. La educación desde los padres propicia la inseguridad, a través de frases como “te puede pasar algo”, lo cual refiere a expectativas negativas de recibir violencia cuando se decide dar un paseo fuera de casa. Asimismo, orientan conductas pasivas para enfrentar la violencia.

Falta de sentido de pertenencia comunitaria

Los jóvenes no descendientes poseen un sentido de pertenencia comunitario bastante débil; sin embargo, este contribuye a configurar la representación, pues se presenta como sentido de individualismo, el cual refiere a la percepción de que ante situaciones de violencia prevalece la seguridad propia, ignorando a los demás.

Memoria histórica

Finalmente, la memoria histórica de los jóvenes no descendientes da cuenta de la continuidad de la violencia a través del tiempo, desde el conflicto armado hasta la actualidad, comparándolas y asignándoles gran similitud tanto en causas, consecuencias, participantes, crudeza de los actos violentos, secuestros, entre otros. Es decir, la memoria amplía el conocimiento que se retoma para interpretar la cotidianidad de violencia. Sin embargo, es importante comentar que todo este análisis queda a nivel de una comparación general que no retoma experiencias cercanas que provengan de historias familiares o comunitarias. Todo este conocimiento se traduce de la educación formal recibida en instituciones educativas.

Discusión

Los resultados demuestran que las representaciones sociales de la violencia directa de los jóvenes descendientes y no descendientes de excombatientes se configuran y nutren de diversas fuentes encontradas en el medio social. Recalcando el contexto como un configurador, en el caso de los participantes, sería su lugar de residencia, es decir, Arcatao y Santa Tecla respectivamente, dentro de los cuales los participantes retoman información en la medida en que se relacionan de manera directa o indirecta con ciertos elementos inmersos en cada espacio, tales como su familia, su vecindario e incluso la historia que se ancla a su territorio, tal como lo evidencia Jodelet (1984) y Villamañan (2016), quienes proponen la importancia del contexto en la formación de las representaciones sociales.

Por ello, para comprender los elementos que configuran las representaciones sociales es relevante mencionar que se distribuyen en dos grandes sistemas dentro de los cuales socializan los jóvenes; estos son: a) microsistema, aquellos elementos con los que existe mayor cercanía y más pronta interacción, y b) macrosistema, elementos que están inmersos de manera más extensa en la sociedad. Dicha distribución de sistemas es apoyada por Villamañan (2016), ya que ambos nutren las representaciones sociales que se poseen.

Estos sistemas socializadores se componen de los elementos configuradores de las representaciones. En general, estos son compartidos por ambas poblaciones; sin embargo, el grado de influencia que cada uno tiene varía según cada grupo, es decir, un mismo elemento configurador pesa de diferente manera en la representación de violencia. Por un lado, se encuentra el papel de la memoria histórica, la crianza dentro de la familia y el sentido de pertenencia comunitaria como los mayores configuradores de representaciones para los jóvenes descendientes; estos, a la vez, se mantienen en constante relación. En un nivel secundario, se reconoce el papel

de las experiencias directas e indirectas de violencia que se poseen. En contraparte, los medios de comunicación y las experiencias directas e indirectas de violencia contribuyen en mayor medida en la configuración de representaciones sociales en los jóvenes no descendientes. En segundo plano, se encuentran la falta del sentido de pertenencia comunitaria (individualismo) y la crianza dentro de la familia; finalmente, se reconoce que, de manera mínima, existen ciertos elementos de la construcción de memoria histórica que pueden contribuir a la configuración de las representaciones. Para explicar la dinámica bajo la cual todos estos funcionan de manera detallada, se propone un modelo explicativo que se detalla a continuación (figura 1).

Para los descendientes, se presentan tres elementos principales que influyen mayormente en la configuración de los contenidos de la representación social de violencia directa, estos son: la crianza familiar, el sentido de pertenencia comunitaria y la memoria histórica. Asimismo, se destaca que estos elementos poseen una relación constante que se encuentra vinculada al territorio de Arcatao, específicamente, por la historia sobre el conflicto armado que comparte la comunidad y de la cual refuerzan su identidad social y personal. Dichos hallazgos se encuentran vinculados con lo previamente expusieron Flores (2012), Voigtländer (2016) y Chacón Serrano (2017), quienes coinciden en que la transmisión de contenidos ligados a la memoria puede verse con mayor evidencia dentro de comunidades que se vieron afectadas de mayor manera por el conflicto y que además posibilitan la socialización de los mismos, tanto en la familia como en la comunidad. Por consiguiente, los tres elementos configuradores antes mencionados se encuentran en constante interrelación y posibilitan la formación de las representaciones sociales en dichos jóvenes.

Para el caso del elemento configurador de la memoria histórica, se perciben contenidos analizados desde la construcción propia de

acontecimientos vividos y relatados por sus padres durante el conflicto armado, los cuales les permiten recordar con mayor propiedad el pasado de violencia vivido en el país. Por ello, puede observarse la influencia significa-

tiva que esta posee en los argumentos de los participantes, ya que se evidencia que ellos la usan como herramienta primordial de anclaje para comprender y representar la violencia.

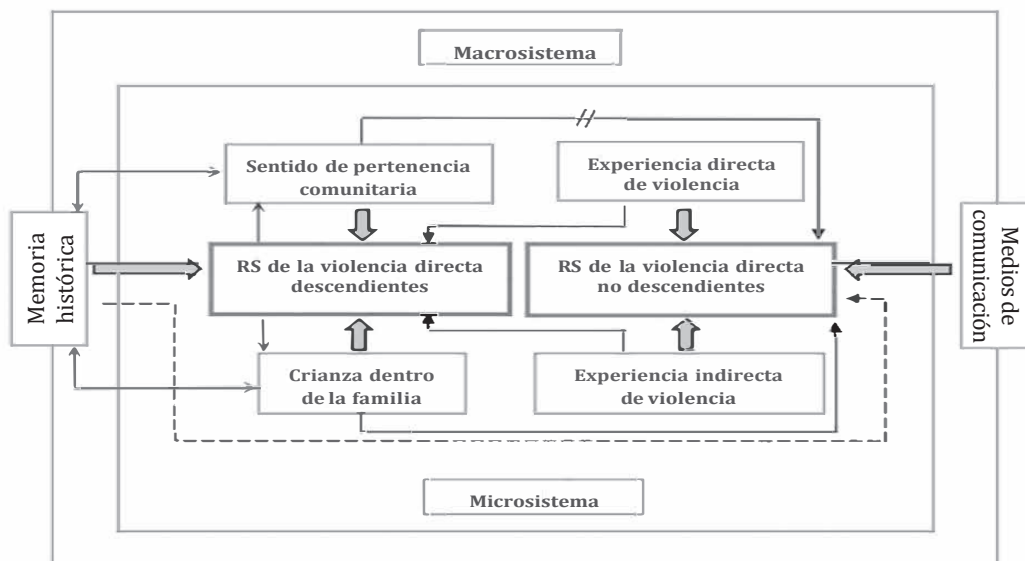


Figura 1. Modelo explicativo de los elementos configuradores de las representaciones sociales de la violencia directa. El grosor de las flechas indica el grado de influencia en la configuración de las representaciones, es decir, mayor influencia (flecha gruesa), influencia intermedia (flecha continua y delgada) y baja (flecha intermitente). Las flechas de doble punta indican relación.

Este ejercicio pasado/presente inmerso en el anclaje manifiesta cómo los descendientes se apropian de una realidad no vivida, pero de la cual conocen y usan como referente para hacer diversas comparaciones con la situación que actualmente viven. De este modo, la memoria histórica da a los jóvenes ciertos parámetros para comparar su presente y concebirlo partiendo de lo que saben sobre su pasado; así, De Alba González (2016) manifiesta que el vínculo entre representación y memoria histórica permite comprender tanto el pasado como el presente, e incluso forjar expectativas a futuro.

Dentro del microsistema, el siguiente elemento con alto grado de influencia es la crianza dentro de la familia. Mucha de

la memoria histórica que construyen los jóvenes está relacionada con la transmisión de emociones, aprendizajes, vivencias y conocimientos compartida por sus parientes participantes del conflicto armado; tal como resalta Flores (2012), existe un peso de lo familiar en las nuevas generaciones. Es decir, las representaciones sociales de la violencia que poseen estos jóvenes se vinculan significativamente a contenidos y emociones que sus padres les han transmitido.

De esta manera, la unión que existe entre memoria y familia posibilita que los participantes orienten sus ideas y acciones en conceptualizar la violencia haciendo comparaciones con situaciones que se les han relatado. En el contexto actual, este configurador deter-

mina el reaccionar de los jóvenes ante hechos violentos como producto de la educación recibida en familia y comunidad.

El último de los tres elementos mayormente influyentes es el sentido de pertenencia comunitaria. Este tiene mucha relación con la memoria histórica y con la crianza dentro de la familia. El sentido de pertenencia destaca el aprendizaje que los jóvenes obtienen desde su comunidad, partiendo del fuerte vínculo de organización y unidad que les caracteriza. Esta experiencia se vuelve muy significativa para los jóvenes, pues el sentirse parte de un territorio contribuye a que puedan hacer comparaciones entre cómo se experimenta la violencia en su espacio en contraste con otros lugares. Tal comparación es similar a la experiencia recogida por Krause *et al.* (2014) en su investigación, quienes describen la distinción de una identidad social basada en el territorio.

En segundo plano, siempre en referencia al microsistema, se ubican los elementos influyentes en menor medida en la configuración, estos son: la experiencia directa y la indirecta de violencia. Ambas resultan medianamente valoradas debido a que la mayor parte de experiencias conocidas por estos jóvenes no se anclan a su territorio natal, sino que parten de eventos vivenciados fuera de este. No se niega la ausencia de violencia en el propio territorio de Arcatao, pero se afirma que el combate eficaz ha generado que estos eventos no sean frecuentes. Por ello, la comprensión e interpretación de violencia se complementa desde lo que han sufrido y han escuchado de otras fuentes.

Partiendo de la interacción de todos estos elementos configuradores, la representación más grande que se percibe en los descendientes es la de la violencia como un fenómeno territorial y cultural, así como la noción de esta como un círculo vicioso, ya que la experiencia sufrida, y quizá la frecuencia con la que esta se repite, favorece la legitimación de los hechos violentos, o sea que se presenta lo que Galtung llama violencia

cultural (citado en Martínez, 2010). Sin embargo, la justificación de la violencia es percibida por los jóvenes y es poco sostenida en su cotidianidad, contrario a lo expuesto por tal autor, quien propone que se invisibilizan estas expresiones de violencia y que se anclan a la cotidianidad. Igualmente, cabe destacar que las representaciones sociales que tienen los jóvenes descendientes dan cuenta de una violencia estructural. Esto se debe a que identifican las injusticias sociales vividas durante el conflicto armado como aspectos que trascienden la realidad actual (Galtung, 2004). Si bien los jóvenes retoman conceptualizaciones sobre la violencia directa, este fenómeno no es prioritario en su realidad, pues hablar de violencia es hablar de lo que ocurre fuera de Arcatao.

En el caso de los jóvenes no descendientes, se visualizan tres elementos principales como configuradores de sus representaciones sociales, estos son: los medios de comunicación, la experiencia directa y la experiencia indirecta de violencia. Estos no se presentan en constante interacción, pero son parte de la cotidianidad de esta población.

El primer elemento a tomar en cuenta son los medios de comunicación, lo cual concuerda con los resultados propuestos por Rodríguez y Suárez (2016), quienes colocan los medios de comunicación como una de las principales fuentes de información sobre violencia en los jóvenes. De igual manera, el configurador proporciona la base conceptual sobre los lugares más violentos, sus características y las personas que habitan dichos sitios, lo que genera contenidos alusivos a la nación salvadoreña como un territorio violento en su totalidad. Asimismo, permite que los jóvenes establezcan una serie de conductas evitativas de tales lugares e influye en la sensación de inseguridad y elevado cuidado con el cual ellos manifiestan salir a las calles por miedo a ser asesinados o asaltados. Esto da cuenta de la transmisión del miedo a través de la observación y del lenguaje como una característica frecuente. Además, evidencia

cómo las representaciones sociales permiten construir una imagen de un fenómeno y, a la vez, se vuelven una guía del comportamiento, partiendo del conocimiento adquirido, tal como Moscovici (1979) lo caracterizó.

Paralelamente, se encuentra la experiencia directa e indirecta como principales elementos configuradores (Rodríguez y Suárez, 2016). Los elementos aportan una diferencia con respecto a los jóvenes descendientes, ya que los jóvenes viven o se movilizan por zonas caracterizadas por actos violentos. Esto influye en los contenidos de miedo e inseguridad como parte de las reacciones frente a la violencia, así como conceptos muy ligados a la caracterización de la violencia. Del mismo modo, las experiencias configuran la orientación de acciones, ya que provee de comportamientos evitativos y pasivos para combatir cualquier situación violenta. Asimismo, la experiencia permite a los jóvenes invalidar e injustificar toda clase de daño hacia otras personas.

En segundo plano, se presentan dos elementos que influyen en menor grado en la representación social de la violencia, estos son: la crianza familiar y el individualismo (carencia de sentido de pertenencia comunitaria). Dichos factores no resultan cruciales para comprender la violencia, pues la interacción con ambos es medianamente lejana. En el caso de la crianza familiar, si bien es un elemento microsocioal más cercano al individuo, la interacción con este es poca, lo cual contrasta con la propuesta de Villamañán (2016), quien expone que la crianza familiar es un elemento configurador muy significativo en las representaciones sociales. Este proporciona contenidos relacionados con prevención ante actos delictivos. Para los jóvenes, la crianza que han experimentado no facilita la comprensión de violencia, principalmente porque dentro de la familia no se presenta un análisis pasado/presente de la situación del país y la raíz de su violencia. La crianza en los no descendientes está más orientada

a un momento presente y a la búsqueda de soluciones inmediatas.

Por otro lado, la carencia de un sentido de pertenencia al territorio que habitan condiciona contenidos relacionados al individualismo para enfrentar situaciones violentas en un entorno social, pues han aprendido a “sobrevivir por sí mismos”. De aquí que la identidad social ligada a la pertenencia a Santa Tecla esté poco fortalecida y, por ende, se desarrolle una identidad personal que promueva acciones individualistas. No extraña, entonces, que tengan poco interés por conocer su propia historia territorial, pues no se sienten identificados con ella. La falta de este anclaje a la comunidad y la distancia tomada en relación con las otras personas también complica la búsqueda de soluciones a la violencia dentro de su residencia; no ven como una opción la organización y el trabajo en conjunto.

Por último, la memoria histórica aparece como un elemento configurador muy tenue, esto podría explicarse partiendo de que los jóvenes no provienen de un lugar históricamente afectado por el conflicto armado, tal como las zonas rurales, por lo que difícilmente cuentan con una memoria que sea transmitida de forma intergeneracional a través de la familia, o que bien pueda relacionarse con la misma zona de residencia. Flores (2012) coincide en tal diferenciación de memoria entre jóvenes pertenecientes a zonas rurales y jóvenes de zonas urbanas. Sin embargo, la diferenciación propuesta por tal autora es muy leve; en cambio, la evidenciada en la presente investigación es amplia, pues la triada entre crianza, sentido de pertenencia y memoria no se expresa en los jóvenes no descendientes.

Por ello, dentro de estos jóvenes, la memoria se basa en conocimientos de corte académico, sin tanto valor emocional, no actúa como un anclaje activo de la representación social de violencia directa que poseen. Por un lado, al realizar el ejercicio pasado/presente, evocan contenidos de una conti-

nuidad de violencia, enfocada en las causas y consecuencias que se presencian en la actualidad, un análisis que proviene de una memoria histórica poco significativa. Por otra parte, esta memoria parece ser poco importante dentro de su contexto, pues conocer del conflicto armado no resulta relevante para enfrentarse a la realidad actual.

Conclusiones

Retomando los hallazgos encontrados, se evidencia que existe una notable diferencia en la construcción de la memoria histórica de los participantes, creando la sensación de dos memorias diferentes: memoria íntima y memoria académica. La memoria íntima hace referencia a las experiencias familiares o de conocidos, que forman parte de los conocimientos de los participantes y que les permite identificarse con estas experiencias; mientras que la memoria académica se refiere a la información teórica que puede obtenerse mediante una educación escolar (fechas, cifras, actores). Los jóvenes no descendientes tienden a construir memoria histórica basándose en datos meramente transmitidos por la educación académica, carentes de un componente emocional, lo cual puede evidenciarse en el lenguaje distante que utilizan para referirse a los eventos del conflicto armado. Por ello, al interpretar la realidad de violencia actual, y configurarse las representaciones sociales de esta, no participa activa ni constantemente el recuerdo de lo ocurrido durante la guerra.

En cambio, los descendientes sí basan su construcción de memoria en una mezcla entre los dos tipos antes mencionados. En ellos se observa una elaboración influenciada por las relaciones sociales con su familia y la comunidad, y no únicamente por la educación escolar. Por ello, dicha construcción de memoria histórica no es un simple recuerdo de acontecimientos, sino una apropiación de los relatos experienciales, la cual es notoria en su discurso, pues dejan de lado hablar de “ellos” y se agregan a la narrativa con “noso-

tros”, tal como lo observa Chacón Serrano (2017) en jóvenes de Chalatenango.

De esta forma, los participantes utilizan los elementos antes mencionados para interpretar la realidad de violencia actual en el país a través de un constante análisis pasado/presente, es decir, la construcción de memorias se vuelve un elemento muy personal, lo cual permite que se encuentre identificado como un referente configurador de las representaciones sociales de la violencia que poseen los jóvenes descendientes, respaldando la propuesta de Martínez (2010). Sin embargo, cabe destacar que la memoria se vuelve referente de las representaciones sociales cuando su contenido posee una carga emocional y no meramente cognitiva.

Asimismo, la interacción entre estos elementos pone de manifiesto dos grandes descubrimientos. En primer lugar, la memoria histórica de los jóvenes descendientes, construida por relatos de excombatientes de la guerrilla, fortalece y consolida la identidad social de esta población. Esto contribuye a que las representaciones sociales de la violencia de este grupo inicien desde la función identitaria, es decir, la identidad personal y social influye en el desarrollo de otras funciones frente a la violencia como el conocimiento o la justificación; esto implica que, a través del tiempo, se ha forjado un “nosotros” fortalecido y nutrido a raíz de un pasado que unificó el actuar de una población, y del cual su historia ha favorecido su actuar posterior. Esto ofrece respuestas orientativas más efectivas para enfrentar problemas como la violencia de manera conjunta, así como evitar que el ciclo de esta se siga repitiendo, dado que el pasado ha enseñado cómo proceder partiendo de la organización. En este punto queda evidenciado el valor que De Alba González (2016) otorga a la memoria histórica como fuente de anclaje de las representaciones sociales construidas en el presente.

En segundo lugar, las representaciones sociales de la violencia dan cuenta de dos visiones diferentes de esta: la perspectiva presentista y la perspectiva interactiva pasado/presente. Tales representaciones se desprenden de la influencia diferenciada que genera la memoria histórica sobre ambos grupos en estudio. De esta manera, se evidencia que la construcción de memorias es fundamental para comprender el fenómeno de violencia actual y el respectivo proceder para combatirlo. Si bien la concepción de la violencia es similar en ambos grupos, los demás contenidos referentes a prevención, justificación e identidad difieren en distintos niveles.

A nivel de conocimiento, la perspectiva interactiva pasado/presente genera una visión amplia del fenómeno y sus implicaciones, pues existe un análisis comparativo constante que nutre las ideas sobre violencia. A nivel práctico, frena el ciclo de violencia, pues las prácticas sociales conjuntas y proactivas en contra de este ciclo disminuyen las expresiones directas de la misma, y hacen más visibles las expresiones culturales y estructurales de violencia, intentando abordarlas. Esto permite concluir que la perspectiva interactiva intenta abordar las raíces de la violencia y evita cometer errores ya realizados en su abordaje; mientras que la perspectiva presentista aborda los síntomas inmediatos que generan la violencia, mas no las raíces que mantienen el fenómeno a lo largo del tiempo, por cuanto las estrategias que pueden proponerse para disminuir esta problemática se quedan cortas a nivel de efectividad a largo plazo.

Todo esto permite vislumbrar el valor que debería otorgársele a la memoria histórica como un factor protector para la comprensión y abordaje del problema de la violencia, pues dicho elemento posibilita que se realice un análisis más profundo y amplio sobre cómo manejar dicho problema social y sobre el tipo de propuestas que pueden implementarse para que duren en el tiempo.

De igual manera, la memoria íntima influye en la formación de la capacidad de empatía, ya que no solo se piensa en sí mismo, sino en la perspectiva del “otro”. La transmisión de memoria va más allá del mero conocimiento, pues implica generar una carga emocional que da apertura a los procesos de empatía frente a la violencia.

Como resultado de la transmisión de memorias más íntimas, caracterizadas por contenidos emocionales, se evidencia, expresado por los participantes descendientes, la existencia de un trauma psicosocial, tal como lo propone Martín-Baró (2000b). Este, inicialmente, era experimentado por la población involucrada (directa o indirectamente) en el conflicto armado, pero en la actualidad parece ser que se encuentran indicios de trauma psicosocial en los hijos, nietos y otros familiares de los excombatientes. El hecho de que el trauma se encuentre en estas nuevas generaciones es producto, como lo explican Faundez y Cornejo (2010), de los contextos socializadores (familia y comunidad) que se encargan de heredar el daño que sufrió el tejido social. Los jóvenes representan la presencia del trauma de diferentes formas: a) miedo, b) sentimiento de culpabilidad o remordimiento por actos que no cometieron ellos, e c) indefensión o impotencia, manifestada en el poco valor que se le atribuye el Estado a buscar justicia para las víctimas.

A la vez, el trauma evidencia la falta de reparación psicosocial y psicológica para los participantes del conflicto armado, señalada por Orellana (2005), quienes en la actualidad persisten con dichas heridas y que, de igual manera, se han transmitido en menor o mayor medida a la siguiente generación de jóvenes y han afectado el tejido social actual. La sociedad muestra síntomas de este deterioro, principalmente en las relaciones interpersonales: el salvadoreño se ha vuelto más individualista y egoísta.

Muestra del ciclo repetitivo de violencia que se manifiesta entre los daños al tejido

social y el trauma psicosocial es la presencia del miedo como una de las principales consecuencias de violencia identificadas por los participantes de la investigación. Previamente, Martín-Baró (2000c) hablaba del miedo como un elemento presente durante el conflicto armado como consecuencia de la violencia bélica que experimentaba el país; este autor se refiere a esta consecuencia como guerra psicológica. En la actualidad, se vive una guerra psicológica, que se ve sostenida debido, principalmente, a los grupos pandilleros y el Estado que se enfrenta a estos grupos con más violencia. Así como expone Lira (2000), el miedo ha mantenido a la población sometida, aceptando las desigualdades que han permanecido a través de los años. Sin embargo, el sometimiento ahora también incluye el salir de casa con temor, el estar siempre alerta y otras conductas que el salvadoreño ha naturalizado debido a la constante amenaza de los grupos pandilleros en el entorno social. Ese miedo que existía durante el conflicto armado se ha transformado en un impacto psíquico que perdura en las nuevas generaciones y que sigue generándose continuamente.

Igualmente, cabe destacar que el miedo de los jóvenes posee canales similares de transmisión, los cuales son el lenguaje y la observación; sin embargo, la causa es totalmente diferente. El miedo de los jóvenes no descendientes es producto del presente, mientras que el miedo de los jóvenes descendientes es producto del pasado. Esto pone de manifiesto una situación compleja: aunque Arcatao esté libre de violencia delincencial, la afectación de la violencia pasada les pasa factura en el aspecto emocional a sus habitantes. Por tanto, no solo basta erradicar la violencia directa actual, sino abordar los condicionamientos del pasado de guerra para tratar un miedo que no hace más que reproducirse.

En este sentido, el contenido de las representaciones sociales de la violencia directa que tienen los descendientes y no descendientes de excombatientes recalca la

importancia de no olvidar el pasado y que este sirva para guiar el comportamiento y las decisiones que deban tomarse a futuro. Por ello, se vuelve relevante hablar del olvido que vivió el país, pues lo que se dio fue lo que Gaborit (2005) denomina un olvido forzado. Esto significa que se desligó a la memoria de la parte emocional que poseía y la historia oficial se centró en la descripción de hechos y cifras, sin mencionar el impacto emocional y psicosocial que estos implican en la sociedad salvadoreña. Ante esto se consideran que el conocimiento teórico debe de unirse con el conocimiento de los efectos emocionales y psicosociales que se presentaron después del conflicto, con el objetivo de prevenir que los problemas sociales sigan avanzando y lleguen al punto en el que un conflicto armado se vuelve la solución.

Finalmente, la niñez se vuelve un factor determinante en la disminución y eliminación de la violencia. Los jóvenes orientan sus acciones de prevención, tratamiento y eliminación de violencia desde la infancia, ya que estos perciben el impacto negativo de la violencia durante esta etapa del ciclo vital, ya que al crecer terminan replicando la violencia que recibieron. Asimismo, el factor de la niñez se ve permeado por la educación escolar que se pueda recibir; por esto la educación se vuelve otro elemento central dentro de las acciones para erradicar la violencia. La infancia parece ser la base principal de la función orientativa de su representación social. También resulta importante retomar en este punto lo previamente mencionado sobre la memoria histórica como factor protector de la violencia, pues es en este espacio del ciclo de vida donde el conocimiento sobre el conflicto armado debería promoverse no solo a nivel académico, sino dar cuenta de una construcción personal y emocional acerca de la propia historia sobre un pasado bélico del cual puedan desarrollarse valores como la empatía, la solidaridad, la búsqueda del bien común, mediante ese acercamiento a las víctimas directas de dicho conflicto, además de la reflexión que puede generarse sobre el

uso que se le dio a la violencia como medio para solucionar conflictos.

Recomendaciones

En el estudio, se pudieron distinguir diferentes elementos que resultarían interesantes de estudiar a futuro. La variable género puede volverse influyente. Si bien en este estudio no se contaba con el género como uno de los factores a tomar en cuenta, este sí se evidenció durante la investigación. El aumento de los casos de violencia de género que son denunciados en El Salvador, específicamente en las mujeres que pueden identificarse con el grupo victimizado, es un elemento a tomar en cuenta, ya que puede alterar la interpretación que tienen los jóvenes sobre violencia. También se vuelve relevante estudiar las representaciones de la violencia que poseen los adultos, sean excombatientes o no, así como en niños, ya que este grupo sigue en formación y, por ende, su conocimiento puede cambiar.

Por otra parte, a partir de la investigación, se sugiere realizar programas de prevención de violencia, tomando en cuenta el enfoque interactivo pasado/presente de violencia, pues la memoria histórica es un factor protector que enfrenta la violencia de manera más amplia y más concreta, como se ha evidenciado a lo largo de esta investigación.

Referencias bibliográficas

- Abric, J. C. (2001). *Prácticas sociales y representaciones*. México, D. F.: Editorial Coyoacán.
- Aguilar, J. (2010). Jóvenes, pandillas y violencia en El Salvador. Ponencia presentada en el Seminario Internacional Jóvenes y Seguridad Ciudadana, Mérida, Venezuela. Recuperado de <http://www.uca.edu.sv/publica/iudop/articulos/art1.pdf>.
- Araya, S. (2002). *Las representaciones sociales: ejes teóricos para su discusión*. San José, Costa Rica: FLACSO.
- Argueta, O. y Huhn, S. (2014). *Sistematización. Modelos explicativos de la violencia en El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua*. San Salvador: Deutsche Gesellschaft für Internationale Zusammenarbeit (GIZ). Recuperado de <http://www.gizprevenir.com/documentos/sistematizacin-modelos-explicativos-de-la-violenci.pdf>.
- Arnosó-Martínez, M., Arnosó-Martínez, A. y Pérez-Sales, P. (2012). Representaciones sociales del pasado: la dictadura militar argentina en la memoria colectiva. *Revista de Psicología Social*, 27(3), pp. 259-272. Recuperado de <http://www.pauperez.cat/es/tematico/psicologia-social/97-representaciones-sociales-del-pasado-la-dictadura-militar-argentina-en-la-memoria-colectiva?format=html>.
- Blair Trujillo, E. (2009). Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición. *Política y Cultura*, 32, pp. 9-33. Recuperado de <http://www.scielo.org.mx/pdf/polcul/n32/n32a2.pdf>.
- Bourgois, P. (2005). Más allá de una pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador, en F. Ferrándiz y C. Feixa (Eds.). *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia* (pp. 11-34). Barcelona: Anthropos.
- Canales, M. (2006). *Metodologías de investigación social*. Santiago: Lom Ediciones.
- Chacón Serrano, N. (2017). Construcción de memorias sobre el conflicto armado de El Salvador en jóvenes de una comunidad desplazada. Tesis de Maestría en Psicología Comunicativa, Universidad de Chile.
- De Alba González, M. (2016). Teorías en diálogo: representaciones sociales y

- memoria colectiva. *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 80(37), pp. 131-151. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5716830>.
- De Rosa, A. y Mormino, C. (2000). Capítulo XVIII: Memoria Social, identidad social y representaciones sociales: ¿son constructos convergentes? Un estudio sobre la Unión Europea y sus Estados miembros con una mirada hacia el pasado, en A. Rosa, G. Bellelli y D. Bakhurst (Eds.). *Memoria colectiva e identidad nacional* (pp. 451-475). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Duhalde, J. (2011). Las muertes por armas de fuego en El Salvador: La reproducción de una cultura de violencia. *Revista del Centro de Investigación Social de Un Techo para Chile*. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6310274.pdf>.
- Faundez, X. y Cornejo, M. (2010). Aproximaciones al estudio de la Transmisión Transgeneracional del Trauma Psicosocial. *Revista de Psicología de la Universidad de Chile*, 19(2), pp. 31-54. Recuperado de <https://revistapsicologia.uchile.cl/index.php/RDP/article/view/17107/17837>.
- Fernández, I. (2009). Violencia social en América Latina. *Papeles*, 94, pp. 59-66. Recuperado de http://www.fuhem.es/media/cdv/file/biblioteca/PDF%20Papeles/94/Violencia_social_AmericaLatina_IFernandez.pdf.
- Flores, D. (2012). Juventud y memoria colectiva del conflicto armado. Tesis de Maestría en Comunicación, Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", San Salvador.
- Fondo para el Logro de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (F-ODM). (2011). *Juventud y violencia: los hombres y las mujeres jóvenes como agentes, como víctimas y como actores de superación de la violencia en El Salvador*. Recuperado de <http://www.aecid.sv/wp-content/uploads/2013/07/Juventud-y-violencia2.pdf>.
- Gaborit, M. (2005). Memoria histórica: relato desde las víctimas, en Portillo, N., Gaborit, M. y Cruz, J. M. (Eds.). *Psicología social en la posguerra: teoría y aplicaciones desde El Salvador* (pp.144-168). San Salvador: UCA Editores.
- Galtung, J. (2004). Violencia, guerra y su impacto. Sobre los efectos visibles e invisibles de la violencia. Recuperado de <http://red.pucp.edu.pe/wp-content/uploads/biblioteca/081020.pdf>.
- González, L. (1997). El Salvador en la postguerra: de la violencia armada a la violencia social. *Realidad. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 59, pp. 441-458. Recuperado de <https://doi.org/10.5377/realidad.v0i59.5016>.
- Henríquez, J. y de De Pilla, G. (1994). Capítulo 4: José Luis y Gloria nos presentaron su trabajo en El Salvador en la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA) y nos hablaron del fin de la guerra, en Lira, E. (Ed.). *Psicología y violencia política en América* (pp.113-130). Santiago de Chile: ILAS.
- Hernández Sampieri, R., Fernández, C. y Baptista, P. (2014). *Metodología de la investigación*. México, D. F.: McGraw Hill.
- Instituto de Derechos Humanos de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas". (2009). *El Salvador: verdad, justicia y reparación. La deuda histórica con las víctimas y la sociedad*. Recuperado de http://www.uca.edu.sv/festivalverdad2014/pdf/proyecto_del_tribunal.pdf.

- Instituto Universitario de Opinión Pública (IDHUCA). (1997). Solidaridad y violencia. Los jóvenes pandilleros en el gran San Salvador. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 52(585-586). Recuperado de <http://www.uca.edu.sv/publica/eca/585art2.html>.
- Jodelet, D. (1984). La representación social: fenómenos, concepto y teoría, en Moscovici, S. (Ed.). *Psicología social II* (pp. 469-493). Barcelona: Paidós.
- Krämer, M. (2009). *El Salvador, unicornio de la memoria*. 2.^a ed. San Salvador: Museo de la Palabra y la Imagen.
- Krause, M., Torche, P., Velásquez, E. y Jaramillo, A. (2014). Social representations of violence among young Chileans involved in violence. *Psicoperspectivas*, 13(2), pp. 55-66. Recuperado de <https://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol13-Issue2-fulltext-384>.
- Lira, E. (2000). Guerra psicológica: intervención política de la subjetividad colectiva, en Martín-Baró, I. (Ed.). *Psicología social de la guerra* (pp. 137-158). San Salvador: UCA Editores.
- Londoño, J. y Carvajal, J. (2016). Pedagogías para la memoria histórica: reflexiones y consideraciones para un proceso de innovación en el aula. *Educación y Ciudad*, 30, pp. 65-78. Recuperado de <http://www.idep.edu.co/revistas/index.php/educacion-y-ciudad/article/view/1587/1569>.
- Martín-Baró, I. (1985). *Acción e ideología: psicología social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores.
- Martín-Baró, I. (2000a). Guerra y salud mental, en Martín-Baró, I. (Ed.). *Psicología social de la guerra* (pp. 23-40). San Salvador: UCA Editores.
- Martín-Baró, I. (2000b). La violencia política y la guerra como causas del trauma psicosocial en El Salvador, en Martín-Baró, I. (Ed.). *Psicología social de la guerra* (pp. 65-84). San Salvador: UCA Editores.
- Martín-Baró, I. (2000c). De la guerra sucia a la guerra psicológica: el caso de El Salvador, en Martín-Baró, I. (Ed.). *Psicología social de la guerra* (pp. 160-173). San Salvador: UCA Editores.
- Martínez, M. (2010). Conflicto y negociación en Venezuela, 2001-2005. ¿Pacificación o apaciguamiento? Tesis de Doctorado en Conflicto Político y Procesos de Pacificación, Universidad Complutense de Madrid. Recuperada de <https://eprints.ucm.es/11318/1/T32119.pdf>.
- Ministerio de Educación de El Salvador (MINED). (2009). *Historia de El Salvador. Tomo II*. 2.^a ed. San Salvador: Autor. Recuperado de https://www.mined.gob.sv/descarga/cipotes/historia_ESA_Tomoll_0_.pdf.
- Moscovici, S. (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Huemul S. A.
- Orellana, C. (2005). Discurso oficial y reparación social, en Portillo, N., Gaborit, M. y Cruz, J. M. (Eds.). *Psicología social en la posguerra: teoría y aplicaciones desde El Salvador* (pp. 109-143). San Salvador: UCA Editores.
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). (2017). *Estudio de bienestar y políticas de juventud en El Salvador*. Recuperado de <http://www.oecd.org/development/inclusivesocietiesanddevelopment/Estudio-de-bienestar-y-politicas-de-juventud-El-Salvador.pdf>.
- Ospina, A. (2010). *El papel de las mujeres en la recuperación de la memoria histórica en torno al conflicto armado en El Salvador*. Tesis de Maestría en Comunicación,

- Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, San Salvador.
- Policía Nacional Civil. (2015). *Delitos por municipio, sexo, edad y tipo de arma de enero-agosto 2015*. Recuperado de <http://www.transparencia.gob.sv/institutions/pnc/documents/estadisticas?page=1>.
- Portillo, N. (2000). Juventud y trauma psicosocial en El Salvador, en Portillo, N., Gaborit, M. y Cruz, J. M. (Eds.). *Psicología social en la posguerra: teoría y aplicaciones desde El Salvador* (pp. 249-289). San Salvador: UCA Editores.
- Programa Naciones Unidas para el Desarrollo. (2015). *Entre esperanzas y miedo. La juventud y la violencia en El Salvador*. San Salvador: Autor. Recuperado de http://www.sv.undp.org/content/el_salvador/es/home/library/hiv_aids/entre-esperanzas-y-miedo—la-juventud-y-la-violencia-en-el-salva.html.
- Ramos, C. (2011). Construcción democrática y violencia en el proceso político salvadoreño, en Zetino Duarte, M. (Ed.). *Delincuencia, juventud y sociedad. Materiales para reflexión* (pp. 27-44). San Salvador: FLACSO.
- Rodríguez, E. y Suárez, D. (2016). *Hacia una cultura para la paz: las representaciones sociales de la violencia*. Tesis de Especialización en Infancia, Cultura y Desarrollo, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá. Recuperado de <http://repository.udistrital.edu.co/bitstream/11349/3882/1/hacia%20una%20cultura%20para%20la%20paz%20las%20representaciones%20sociales%20de%20la%20violencia.%20Edisson%20Rodriguez,%20Catalina%20Suarez,%202016.pdf>.
- Serrano, J. (2005). La cotidianidad del exceso. Representaciones de la violencia entre jóvenes colombianos, en Ferrándiz, F. y Feixa, C. (Eds.). *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia* (pp. 11-34). Barcelona: Anthropos.
- Silber, I. (2014). In the After: Anthropological Reflections on Postwar El Salvador. *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, 19(1), pp. 1-21. Recuperado de <https://anthrosource.onlinelibrary.wiley.com/doi/full/10.1111/jlca.12061>.
- Tojeira, J. M. (19 de octubre de 2017). El triángulo de la violencia. *Noticias UCA*. Recuperado de <https://noticias.uca.edu.sv/articulos/el-triangulo-de-la-violencia>.
- Tristán-López, A. (2008). Modificación al modelo de Lawshe para el dictamen cuantitativo de la validez de contenido de un instrumento objetivo. *Avances de Medición*, 6(1), pp. 37-48. Recuperado de http://www.humanas.unal.edu.co/psicometria/files/8413/8574/6036/Articulo4_Indice_de_validez_de_contenido_37-48.pdf.
- Umaña, L. (2009). Representaciones sociales de la inseguridad en El Salvador de la posguerra: Estudio de casos del AMSS. *Realidad. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 120, pp. 389-418. Recuperado de <https://www.lamjol.info/index.php/REALIDAD/article/view/3394>.
- Uribe Patiño, F. (2015). Consideraciones sobre la violencia, en Murueta, M. y Orozco, M. (Eds.). *Psicología de la violencia. Causas, prevención y afrontamiento*. Tomo 1 (pp. 28-44). México, D. F.: El Manual Moderno.
- Vázquez Sixto, F. (2005). Construyendo el pasado: la memoria como práctica social, en Portillo, N., Gaborit, M. y Cruz, J. M. (Eds.). *Psicología social en la posguerra: teoría y aplicaciones desde El Salvador* (pp. 109-143). San Salvador: UCA Editores.
- Villamañan, M. (2016). Lo comunitario en las representaciones sociales de la

violencia. *Psicología & Sociedade*, 28(3), pp. 494-504. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.1590/1807-03102016v28n3p494>.

Voigtländer, L. (2016). Guerrilla en la mente: memoria y fotografía en los discursos de la segunda generación en Morazán, El Salvador, en Contreras Saiz, M., Louis, T. y Rinke, S. (Eds.). *Memorias y conflicto. Memorias en conflicto. Intercambios metó-*

dicos y teóricos de experiencias locales latinoamericanas (pp. 247-278). Stuttgart: Verlag Hans-Dieter Heinz.

Ziyadov, T. (2006). The Galtung Triangle and Nagorno-Karabakh Conflict. *Caucasian Review of International Affairs*, 1(1). Recuperado de http://www.academia.edu/3230315/The_Galtung_Triangle_and_Nagorno-Karabakh_Conflict.